
La Revista de Santander

o

1932

Número 1

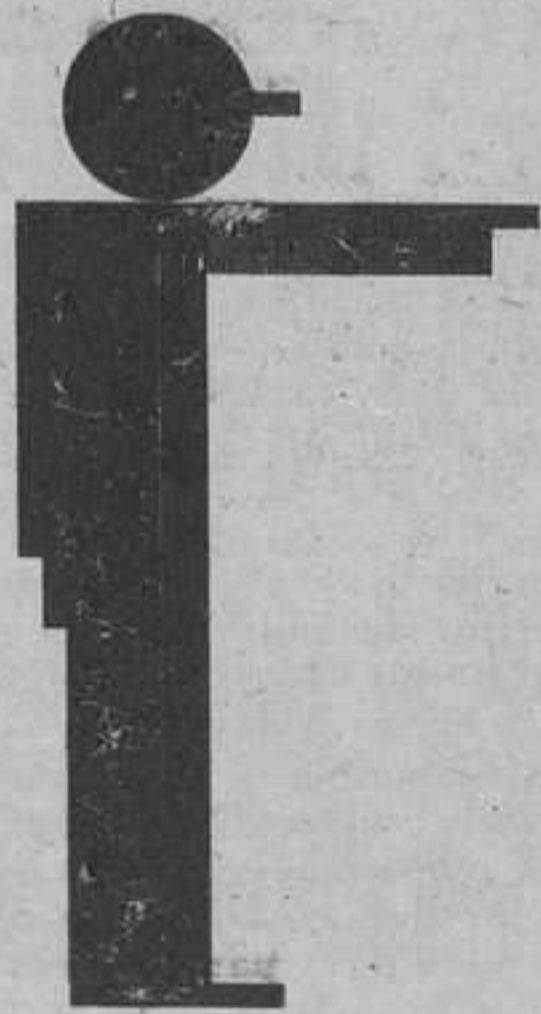
Quinto tomo

SUMARIO

	<u>Págs.</u>
FRANCISCO DE NARDIZ: <i>Un poeta montañés.</i> <i>José María de Aguirre y Escalante</i>	1
ANTONIO PLASENCIA: (TRADUCCIÓN). <i>El tesoro</i> <i>de la Emperatriz, cuento por Selma La-</i> <i>gerlof</i>	11
RAMÓN DE SOLANO: <i>El ayer santanderino</i>	17
FERNANDO BARREDA: <i>Viajes de navíos san-</i> <i>tanderinos a Filipinas en el siglo XIX</i> ...	33
JUAN DE MUSLERA: <i>Fuente aldeana</i>	48

LIBRERIA MODERNA

DESPACHO: AMÓS DE ESCALANTE, 10.—TELÉFONO 27-35



Señores Comerciantes e Industriales:

El éxito no estriba solamente en que el comerciante moderno haga propaganda, sino que debe convencerse de que únicamente cuando ésta es ideada con acierto y presentada con buen gusto, puede obtener, a su debido tiempo, el éxito ansiado. La buena propaganda tiene para usted igual importancia que la calidad intachable de sus productos. ¿Cómo quiere usted adquirir consumidores si sus productos no llegan a conocimiento de ellos? *La Imprenta de la Librería Moderna* pone el mayor interés en la confección de impresos de reclamo sugestivos y artísticos, pues sabe muy bien que sólo un cliente satisfecho llega a ser su favorecedor constante. Esta casa tiene el convencimiento de que usted también será uno de sus asíduos clientes cuando compruebe que su propaganda confeccionada en estos talleres, obtiene un éxito feliz. Confíenos, pues, un encargo a modo de ensayo, en la seguridad de que usted y su clientela elogiarán el gusto moderno y artístico con que serán ejecutados sus impresos de reclamo; y ésta es, hoy más que nunca, la condición indispensable para que resulte eficiente la propaganda.

TALLERES: CALLE DE VARGAS, 47.—TELÉFONO, 37-66

Imprenta y
Encuadernación

La Compañía de Maderas Santander

Grandes almacenes de
maderas de pino del norte,
de pino Tea y de made-
ras finas

Esta Compañía tiene también fábricas
de aserrar y acepillar maderas en Bil-
bao, Madrid, Huelva, Alicante, Murcia,
Gijón, San Juan de Nueva (Ávilés)
y Pasajes

Banco Mercantil

SUCURSALES: Alar del Rey, Astillero, As-
torga, Barruelo, Burgos, Cabezón de la Sal,
Cistierna, Ciudad Rodrigo, Frómista, Guijue-
lo, La Bañeza, Laredo, León, Llanes, Ponfe-
rrada, Potes, Ramales, Reinosa, Sahagún, Sa-
lamanca, Salas de los Infantes, Santoña,
Torrelavega, Unquera, Valencia de Don Juan,
Cervera de Pisuerga, Palencia, Paredes de
Nava, Posada de Llanes, Santibáñez de Béjar,
Selaya y Villadiego

Capital	15.000.000	de pesetas
Desembolsado	8.400.000	»
Fondo de reserva	13.600.000	»

CUENTAS CORRIENTES a la vista, 2,50 por 100
de interés anual.—DEPOSITOS a tres meses, 3,50
por 100 de interés anual; a seis meses, 4 por 100 de
interés anual.—CAJAS DE AHORROS: A la vista,
3,50 por 100 de interés anual sin limitación de canti-
dad.—CARTILLAS ESPECIALES: Disponible, con
preaviso de ocho días, 4 por 100 de interés anual.—
Créditos en cuenta corriente sobre valores personales,
Giros, cartas de crédito, descuento y negociación de
letras documentarias o simples aceptaciones, domicilia-
ciones, préstamos sobre mercaderías de depósito, trán-
sito, etc.; negociación de monedas extranjeras, affian-
zamiento de cambios de las mismas, cuentas corrientes
en ellas, etc.; cupones, amortizaciones y conversiones.
Operaciones en todas las Bolsas. Depósito de valores.
Caja de seguridad para particulares

Dirección telegráfica y telefónica: MERCANTIL

Corcho Hijos, S. A.

Santander - Calle de Recoletos, núm. 3 Madrid

Instalaciones y calefacción, ventilación y saneamiento en
toda clase de edificios :: Cocinas y servicios completos
de sumistería

Las instalaciones de esta clase realizadas últimamente en el edificio
de la Compañía Telefónica Nacional de España, dicen mejor que
pudiéramos hacerlo nosotros, nuestra competencia en la materia

Otras instalaciones importantes realizadas últimamente:
Hotel Cristina, Sevilla - Casino de Sevilla, Sevilla
Todas las instalaciones del primer edificio de la Ciudad
Universitaria, Madrid - Residencia de Estudiantes de
la Fundación del Amo

PLUMAS PARKER



Cuando necesite Ud. una pluma
estilográfica, vea las de esta marca
y después de comparar con otras,
decídase por la que le ofrezca
más garantías



Venta: LIBRERÍA MODERNA

— BENIGNO DIEZ —

Amós de Escalante, núm. 10. -- Santander



LA IBERO TANAGRA S. A.

FÁBRICA DE LOZA

ADARZO :- APARTADO 58 - TELÉFONO 2.085 :- SANTANDER

MEDALLA DE ORO Y DIPLOMA DE HONOR
EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE BARCELONA 1929

Artículos de loza fina para toda clase de servicios de mesa,
cocina, tocador y sanitario :- Especialidad en vajillas
finas, tipo inglés, estampadas :- Pida nuestra marca en
+ + + todos los comercios + + +

NUEVA MONTAÑA

SOCIEDAD ANÓNIMA DE HIERRO
Y DE ACERO

SANTANDER

Lingote al cok para moldería y afino ::
Lingote manganesífero especial para
hornos Martín Siemens :: Cok meta-
lúrgico :: Sulfato amónico :: Benzol ::
Solvent :: Naphta :: Naftalina :: Al-
quitrán :: Brea :: Creosota :: Antra-
ceno :: Cemento portlant «Montaña»

* * *

Tubería de hierro fundida verticalmen-
te para conducciones de agua y gas

TELEGRAMAS Y TELEFONEMAS:
NUEVA MONTAÑA - SANTANDER

APARTADO DE CORREOS 36 - SANTANDER

TELÉFONOS 1515 SANTANDER Y 3924 FÁBRICA

NUEVA MONTAÑA

A NUESTROS SUSCRIPTORES

les recordamos que hemos
confeccionado unas elegan-
tes tapas para la encuader-
nación de los tres tomos
publicados de

LA REVISTA DE SANTANDER

las cuales pueden solicitar-
se de esta Administración,
Librería Moderna, Amós
de Escalante, 10, teléfono
27-35, que también se
encarga de la encuaderna-
ción de los referentes to-
mos a **2,75** ptas. cada uno.

PRECIO DE LAS TAPAS SUeltas: **2** PTS.

La Revista de Santander

Publicación mensual de
Arte, Historia y Literatura regionales

REDACCIÓN: BIBLIOTECA MUNICIPAL
ADMINISTRACIÓN: LIBRERÍA MODERNA

Precios de suscripción: Año, 25 ptas. Número suelto, 3 ptas.

TARIFA DE PUBLICIDAD

Plana completa:	un año, 450 ptas.;	medio año, 250 ptas.
Media plana:	» » 250 »	» » 140 »
Un cuarto de plana:	» » 140 »	» » 75 »
Un octavo de plana:	» » 75 »	» » 40 »

La Revista de Santander

1932

Quinto tomo

Núm. 1



UN POETA MONTAÑÉS

JOSÉ MARÍA DE AGUIRRE Y ESCALANTE ¹

Nació en Santander en 1877
Murió en Santander en 1911

I

«Si poeta ha de llamarse —podemos comenzar usando palabras del maestro Menéndez y Pelayo— al que ha tenido un modo propio de sentir, un modo personal de interpretar la naturaleza y la vida, y ha encontrado para expresar este sentir y esta visión suya, aquella forma íntima y solitaria, ajena cuanto cabe del razonamiento prosaico, a la cual llamamos forma lírica», no cabe duda que poeta es José María de Aguirre y Escalante, que va a ocuparnos en las breves páginas que siguen.

Las anteriores palabras entrecomilladas las dedica Menéndez y Pelayo a la figura de Amós de Escalante (2), insigne deudo de Aguirre y maestro suyo, cuyos pasos siguió nuestro poeta y con quien tiene tanto parentesco literario como de sangre.

Poeta en prosa y verso, José María de Aguirre, arrebatado a la vida en plena juventud y en completa plenitud y cuando aún se podían espe-

(1) El presente trabajo sobre José María de Aguirre y Escalante, sirvió al autor para una conferencia dada en el Ateneo de Santander en 3 de abril del corriente año, correspondiente al cursillo organizado por la Sección de Literatura de dicho centro cultural sobre «Poetas y Prosistas de la Montaña». Las notas que sirvieron para la conferencia se hallaban destinadas a LA REVISTA DE SANTANDER desde bastante tiempo antes. Por eso viene ahora a ella este trabajo tal y como fué dado a conocer en la tribuna del Ateneo, si bien con algunas pequeñas modificaciones y correcciones que aconsejaba el cambio de una conferencia a un artículo.

(2) «Don Amós de Escalante (Juan García)». Estudios de Crítica Literaria. (Cuarta Serie), por M. Menéndez y Pelayo. Colección de Escritores Castellanos. Madrid. Revista de Archivos. 1907. Página 275.

rar de él magníficos frutos, va a ocuparnos en este modesto ensayo de crítica profana. Es decir, más que ensayo de crítica, aunque ésta no fuese más que profana, las páginas que siguen, como quiera que no tienen ambición alguna, se reducirán, y muy contentas, a la realización del propósito de divulgación. No está nunca de más la labor de acercar al público las figuras literarias no muy conocidas. Y nótese que José María de Aguirre, este delicado y escogido poeta de la Montaña, es poco conocido y sólo ha sido gustado, en sus contadas obras que han visto la publicidad, por algunos, pocos, aficionados a la literatura que se han visto ante sus producciones o las han buscado.

Fué Aguirre poeta de excesiva modestia, lo que determinó que hasta ocurrido su fallecimiento no se publicaran sus composiciones poéticas desperdigadas en la hoja volandera del periódico o la revista, pero no amustias en ella, porque la obra poética, cuando es algo más que oportunista y sobre todo cuando posee verdadera inspiración, se abre paso y acaba por desgajarse del periódico en donde recibió el bautismo de la publicidad. Y José María de Aguirre en sus dos obras principales salió a los campos de la literatura en volúmenes que prologaron el uno Enrique Menéndez y Pelayo, el delicadísimo poeta del «Cancionero de la vida quieta», pariente espiritual de Amós de Escalante, como ya señalara el insigne autor de «Horacio en España», (1) y el otro volumen en prosa prologado por Vicente de Lámpez, quien tantas obras de crítica y divulgación de escritores españoles nos ha dejado y a quien es preciso recordar siempre por su notable obra «Arquitectura Civil de España».

Poco es lo que poseemos publicado de Aguirre, pero lo bastante para poder asignarle un puesto distinguido entre los poetas de la Montaña. Algunas narraciones en las que apunta un buen novelista, varios artículos no coleccionados, un volumen de poesías y un libro de viajes, amén de numerosos trabajos de adolescencia y juventud que no andan a disposición de los estudiosos, pero que hemos llegado a conocer gracias a la gentileza de algunos de sus deudos (2).

Desde muy niño (3) versificó nuestro autor, como les sucede a todos los poetas de veras. Era artista por temperamento y vocación decidida. En su juventud su fecundidad versificadora era grande, siempre inspirada en nuestros grandes poetas románticos: Espronceda, El Duque

(1) M. Menéndez y Pelayo. Obra citada. Página 181.

(2) Debe el autor, y quiere hacerlo constar aquí de una manera expresa, singular agradecimiento a su distinguido amigo y compañero don Luis de Escalante y de la Colina, primo hermano y compañero íntimo del poeta, por los datos que le ha facilitado para este estudio.

(3) También un hermano del poeta llamado Gonzalo escribió, y del mismo pueden verse unas composiciones en el álbum «De Cantabria» publicado por L. Blanchard. Biblioteca Municipal de Santander.

de Rivas, Zorrilla; sobre todo estos dos últimos que sabía de memoria. Y a imitación de ellos compuso dramas y poemas y leyendas en abundancia, a pesar de hallarse todavía en los linderos de la infancia y mocedad.

«El Duque don Fernando», drama en cinco actos, en prosa y verso, con enanos, fosos, etc., tenía también algo de los dramas poéticos de Echegaray. Recordemos la leyenda estilo Zorrilla intitulada «El Castillo del Cuervo», que él mismo ilustró con láminas a pluma y colores. En colaboración con Elías Ortiz de la Torre, hoy distinguido publicista y notable crítico de arte, compuso Aguirre una comedia estilo Bretón de los Herreros, llamada «Los empeños de una cita», en dos actos y en verso, dedicada al propio Bretón, según reza la portada. Y en verdad decimos que la tal comedia está escrita toda ella con soltura y elegancia.

No hemos de olvidar su gran drama romántico «Reniero de Espalato» (1), cuya acción transcurre en Venecia y el Adriático, en cinco actos y en verso, con venenos, dagas, Dux, etc., y que se halla escrito en metros variados, siempre sonoros y de correctísima medida, quintillas, décimas, endecasílabos, etc. También compuso poesías líricas, festivas muchas de ellas, lo que demuestra que no era Aguirre un temperamento triste, sino todo lo contrario, como hemos de ver en seguida.

Repetimos que no pretendemos hacer un estudio crítico de la obra del poeta. Tan solo vamos a pretender hacer un ensayo de divulgación.

Ensayo vale tanto como escrito generalmente breve, sin el aparato ni la extensión que requiere un tratado completo sobre la materia objeto de aquél. Y ensayar es probar, intentar. Es decir, que nuestro propósito no es otro que un intento de proyección de la figura del poeta sobre las blancas páginas que tenemos delante. Proyección tal vez escasa de relieve. Pero en la que procuraremos acusar de la mejor manera posible las características de la personalidad del poeta, poeta que sintió la naturaleza «de un modo que a un tiempo era realísimo y altamente poético y soñador», según ya hubo de decir en su prólogo anteriormente citado el cantor de la vida quieta.

II

«Yo no conocí en vida a José María de Aguirre y Escalante. ¿Qué importa? Acaso así, en la indecisión con que su figura material se me aparece, puedo fijar más neta y libremente los trazos de su hermoso y

(1) Escrito durante su vida de estudiante — como muchas de sus composiciones publicadas — y durante un curso en la Universidad de Oñate.

delicado espíritu». Hacemos nuestras estas palabras con que Vicente de Lámpez comienza el prólogo de una de las obras de Aguirre (1).

Y añadimos, por nuestra cuenta, que no es necesario el conocimiento de la persona material del autor para fijar los márgenes de su figura literaria.

Sin embargo, hemos de apuntar brevísimamente algunos particulares de la vida de Aguirre. Porque el curioso lector que solo le llega a conocer por sus obras, puede acaso confundir los trazos de su personalidad en el mundo. La leyenda acostumbra a deformar en complicidad muchas veces con las obras la persona moral de los escritores. Aunque en ocasiones aquéllas puedan servir para conocer ésta.

La investigación, cuando no dispone más que de las obras de un autor, suele equivocarse y acaso vivir engañada. Puntualicemos, pues, algunos extremos que no dejarán de ser interesantes para el cabal conocimiento de nuestro poeta.

Ya uno de sus prologuistas decía que Aguirre «atesora tan relevantes méritos, que no habrá menester para su fama de esa triste y misteriosa aureola que le presta su prematuro fin, esa temprana muerte, que, al decir del poeta griego, envían los dioses a aquellos a quienes aman».

La musa melancólica del septentrión fué la verdadera inspiradora de nuestro autor. Pero no se crea que el temperamento de Aguirre era triste y melancólico de suyo. Ni se crea, a la inversa, que sus obras son ficticias. Porque tal vez se razone —equivocadamente a nuestro juicio— de la siguiente forma: Una de dos: o Aguirre era tan melancólico como sus composiciones, o sus composiciones no respondían al pensamiento del poeta, y, consecuentemente, el poeta no era sincero consigo mismo.

Rechazamos totalmente tal razonamiento. Recordemos primeramente, para fijar nuestro punto de vista, aquella composición denominada «Niebla» que encabeza el volúmen de poesías rotulado con el significativo título de «Brumas Cántabras»:

«Nublóse el sol de la esperanza mía,
que siempre tuvo resplandor escaso,
sin llegar a las cumbres del ocaso,
la linde al trasponer del mediodía.

Al escalar la pedregosa vía
menguó mi aliento y vaciló mi paso;
y tuve sed y la saqué en tu vaso,
¡Musa del Septentrión, Melancolía!

(1) «De Castella Vetula». (Hojas de un libro de viajes), por don José María de Aguirre y Escalante. Edición póstuma con un prólogo de don Vicente de Lámpez. Santander, 1915.

Agotado en los medios del camino,
en plena juventud, voy peregrino
desalentado, vacilante y ciego.

Nublóse el sol de la esperanza mía...
¿No habrá una estrella que me preste guía
en este mar de sombra en que me anego?»

Ya lo dice el poeta. Su musa es la melancolía. Y aunque en la composición acabada de transcribir se le quiera ver ciego y en sombras, adelantando en la lectura de «Brumas Cántabras» descubrimos en el poeta a un creyente, cantor enamorado de la musa septentrional. Y echamos de ver, aun en la misma composición citada, que aunque sea su «inspiración la melancólica y gris de nuestro paisaje otoñal», no es la inspiración «algo monótona y enfermiza» de Evaristo Silió, ni tan siquiera «el alma triste» de Fernando Velarde. El propio Aguirre se define algo mejor en sus «Coplas de Otoño» que forman como composición tipo en la antología formada por Elías Ortiz de la Torre, amigo íntimo, pariente y colaborador, como dejamos dicho, del poeta en los años de mocedad (1).

En estas «Coplas» se expresa el autor de la siguiente manera:

«Otoñal melancolía
que vienes a hacerte dueña
del valle y del alma mía,
mustiando al alma que aún sueña
con la estival lozanía,
¿quién te guía?
¿quién al valle te despeña,
otoñal melancolía?

.....
¡Pensamiento volandero
que con nostalgias de frío,
por las crudeces de Enero,
suspiras en el Estío,
hoy te quiero,
loco pensamiento mío,
pensamiento volandero!

En una palabra. Es la musa del Septentrión la que inspira las composiciones poéticas de Aguirre. Pero la Melancolía —que tal es su

(1) Florilegio Montañés. Antología de poetas líricos montañeses formada por Elías Ortiz de la Torre. Santander, 1922.

nombre, como hemos podido ver— no le hace esclavo ni nos le presenta monótono y enfermo, poéticamente hablando (1).

El carácter de Aguirre —al decir de los que gustaron de su trato— se retrata más fielmente en una de sus obras en prosa, «La vena del hierro», narración dedicada --son palabras del autor-- a «aquellos de mis paisanos que bregan con los mares, bajo la matrícula franjeada de blanco y rojo», de cuya narración hemos de ocuparnos detenidamente más adelante. En esta obra de Aguirre resalta el buen humor, la viveza y el colorido en la pintura de personajes y paisajes. Y así era el hombre. De buen humor, vivo y ocurrente, no desmereciendo, por lo ingeniosas, sus ocurrencias de las de sus personajes.

Véase, pues, como Aguirre no era triste ni melancólico. Tan solo al componer sus poesías, *La Musa del Septentrión*, *Melancolía*, le daba inspiración al contemplar el paisaje otoñal de la Montaña. Y ¡quién sabe! Tal vez no todas las estrofas de Aguirre fueran compuestas en el Otoño. Desde luego es cierto y evidente que cantó el «Mediodía de Agosto» en Las Quebrantas, de esta forma:

«Es fuego el sol que el arenal caldea
y fuego el arenal vuelve al ambiente;
áureo matiz corona la rompiente
del sosegado mar que centellea.

De cielo, tierra y mar se enseñoera
la meridiana luz resplandeciente,
y al escalar el arenal ingente
apaga sus murmullos la marea.

Reina el sol, y a su imperio de sosiego
hasta el mar se rindió con mansedumbre
dormido al parecer, mas siempre alerta...

¡Oh, sol! préstame luz, préstame fuego.
luz que una mente ensombrecida alumbre,
fuego que dé calor a un alma yerta!

Puede verse en los dos últimos versos del segundo terceto que la melancolía domina a Aguirre de tal suerte, que ni en pleno mes de agosto, en Las Quebrantas, abandona la musa fiel al poeta del septentrión. Poeta que parece ciego y no lo es, que se nos muestra como hombre triste y con «alma yerta» y que es alegre y animado.

(1) Es interesante conocer a este respecto lo que Marcelino Menéndez y Pelayo dice en su obra anteriormente citada acerca del parentesco literario de don Amós de Escalante con Enrique Gil y con Pastor Díaz, «poetas idealistas y melancólicos nacidos en otras provincias del Norte de España», y que citamos aquí por lo que a la melancolía se refiere.

III

Poco importa que señalemos o no los particulares de que disponemos para formar una biografía de *historia externa* de José María de Aguirre y Escalante. Puede la misma condensarse en pocas palabras. Su vida acabó a los treinta y cuatro años, cuando el poeta había llegado a su madurez. Y cuando, dígase lo que se quiera, aún hubiera podido regalarnos con más y más acabadas pruebas de su talento poético.

Cursó Aguirre el bachillerato en el Instituto de esta ciudad de Santander y comenzó los estudios de leyes en la Universidad de Oñate, terminándolos brillantemente en la de Madrid... Y obtenido el título de licenciado volvió a Santander, en donde se dedicó por entero al cultivo de las letras, demostrando bien pronto su talento y su gusto indudable (1).

Fué un muchacho sociable. Animado. Frecuentó el trato social. Escribía y publicaba en periódicos y revistas. Y acudió a algún concurso. Y cuando más se podía esperar de su talento, se lo llevó la muerte de este mundo en donde tuvo amigos y procuró no crearse enemigos.

Nada importan los detalles biográficos para nuestro estudio. Ya dijimos anteriormente que no conocimos a Aguirre. Y que para estudiarlo como poeta y como prosista de nuestra Montaña, no ha de sernos necesario más que el conocimiento de las obras que dejó escritas.

IV

Hemos visto ya, con la rapidez imprescindible en esta clase de trabajos de divulgación, cuál es la musa inspiradora de todas o casi todas las composiciones de Aguirre. Y hemos de ver ahora cuáles son los objetos en que tal musa hace parar la atención del poeta.

Al mismo tiempo hemos de examinar algunas de las composiciones dichas.

El coleccionista de las contenidas en «Brumas Cántabras (2), libro de poesías póstumas, divide las mismas en cuatro grandes grupos. Abre el volumen «Niebla» —anteriormente transcrita— como a modo de introducción y aislada por tanto de las demás poesías del autor. Siguen después doce composiciones bajo el epígrafe general de grupo de «Cantos Montañeses». En ellas el autor canta «La Cagiga», «El solar y el

(1) Estos detalles biográficos están tomados de la obra citada de Ortiz de la Torre (Elías), deudo y amigo de Aguirre.

(2) «Brumas Cántabras». Poesías de don José María de Aguirre y Escalante. Edición póstuma, con un prólogo de don Enrique Menéndez y Pelayo. Barcelona. Sin fecha.

ciprés», «La luna de agosto», «La Musa Cántabra» y entre ellas se encuentran «Las coplas de otoño», «Los ecos del alborcer», las «Coplas a un poeta amigo» y los versos «A una solariega».

«La Musa Cántabra» es vista por el poeta en el momento de

«...cruzar sobre el tendido alero
que mis ferrados balconajes cubre,
velada en el crespón de un aguacero,
un triste atardecer del triste octubre».

Y se presenta al poeta septentrional

«...descaecido el gesto, los ojos soñadores,
girón del aire manso la cabellera rubia».

Y esta musa le hace cantar al poeta la cagiga montañesa con acento sentido, y le mueve a componer la bella balada de «El Solar y el Ciprés», en la que estos dos sostienen diálogo, afirmando el uno que équé

«...término mejor a mis pesares
que sucumbir pensando en mi agonía
que acaso labrarán con mis sillares
la losa de la virgen dueña mía?»

Y terminando el otro su canto con esta estrofa dirigida al solar:

«Muere tú si te rinde el sufrimiento,
que yo no he de doblar ante él mi frente
y quiero mártir ser de mi tormento
y sollozar por ella eternamente».

De las «Coplas de Otoño» ya hemos dicho algo anteriormente. En ellas así como en el boceto otoñal titulado «En Sejos», podemos pararnos a considerar breves momentos la descripción de la naturaleza, y podemos ver que, en efecto, José María de Aguirre y Escalante interpreta el paisaje a un tiempo real y altamente poético y soñador (1).

Así, por ejemplo, podemos leer en las «Coplas de Otoño» estrofas como las siguientes:

«¡Alto sol de luz radiante
que al lento día vestiste
con tu lumbre sofocante

(1) Enrique Menéndez y Pelayo.

¿dónde huiste?
te trocastes en sol triste,
alto sol de luz radiante!
Estación desoladora,
tu larga jornada empieza;
densa lluvia cae y llora
con voz desconsoladora
cuando en mi balcón tropieza;

¡ay, tristeza
del yerto valle señora!
Aludes de niebla bajan
de los ásperos riscales,
a la luz solar atajan
y en girones se desgajan
por los viejos robledales.

El río brama enturbiado
y con empuje bravío
inunda la miés, el prado
y el huerto desnudo y frío,
¿por qué el río
baja turbio y desbordado?

.....
mansa fuente de agua pura
que rimabas dulcemente
endechas en la espesura,

Mansa fuente,
tu dulce voz ¿qué murmura
cuando te arrolla el torrente
del aluvión de la altura?

Las brisas, que alborozadas
trajeron rumor de risas,
de las breñas enriscadas,
por las húmedas alisas
van las brisas,
van gimiendo desoladas.

.....
La lluvia encharcada puebla
los huertos y la campiña
las sendas y los atajos,
y entre girones de niebla
olfateando la rapiña
van los cuervos y los grajos.

Y en el grito del Noroeste,
y en las amarillas frondas,
y en el dosel gris celeste
la melancolía agreste
va hincando sus huellas hondas...».

En el boceto otoñal es más completa la descripción y para nuestro gusto mejor. Pero como en las «Coplas de Otoño» Aguirre combina felizmente las palabras, va buscando y logra hallar la armonía imitativa, sin descuidar el ritmo necesario para alejar todo peligro de prosaísmo.

«Estas quiebras, este áspero frondaje,
esta vegetación hosca y salvaje
que Isar fecundo en sus vertientes cría
¡qué lejos llevan a la mente mía
sin que la cruda realidad la ataje!

Auras de tempestad, voz del torrente,
tibia y velada luz, corto horizonte,
añoranzas de glorias en la mente,
un cielo gris embovedando el monte,
y vaho de humedad en el ambiente.

Hayas agrestes, viejos encinares
yerguen los troncos de torcidas vetas,
fingen sus frondas revoltosos mares
y clavan las raigambres seculares
del peñascal en las profundas grietas.

En brava libertad salta y retoza
el agua entre argomales y entre brezos,
con ímpetu en las guijas se destroza
y entre saltos y golpes y tropiezos
las muertas soledades alborozan.

.....
Brisa montés por el talud resbala
gimiendo al resbalar de grieta en grieta,
su triste son en lo doliente iguala
el áspero gemir de la carreta
que la cambera fatigosa escala.

Brota la fuente de la hendida tierra,
sus ecos argentinos y sutiles
despiertan en los ecos de la sierra
el grito audaz del caracol de guerra
que arrebatan los pechos varoniles».

(Continuará)

FRANCISCO DE NÁRDIZ



EL TESORO DE LA EMPERATRIZ

CUENTO

POR SELMA LAGERLOF

(Traducción de A. Plasencia)

El señor Obispo había encargado al padre Verneau... Se trataba de un asunto desagradable.

Se le había enviado a predicar en los distritos mineros de Charleroi y había caído en medio de una huelga de obreros revolucionarios.

—A mi llegada a la tierra negra, decía el Padre al señor Obispo, recibí una carta del comité de la huelga diciéndome que yo hablara en donde quisiera, pero que esperara grandes desórdenes si me permitía nombrar a la Providencia en el sermón.

El padre Verneau era un fraile bajito, de rostro inexpresivo, reseco, mal afeitado, abandonado en el vestir. Parecía de otra naturaleza que el superior jerárquico, alto, robusto, con flamante vestidura, fisonomía pulcra y expresiva. Temblaba el fraile a la mirada del señor Obispo.

—Se me ha informado, dijo éste, de que habéis accedido a las exigencias de los huelguistas... y debo recordaros...

—Señor, interrumpió humilde el padre Verneau, me pareció que yo debía, en lo posible, evitar escenas tumultuosas en el templo.

—¿Pero existe alguno en donde no se pueda nombrar a la Providencia Divina?

—¿Conoce Su Ilustrísima mi sermón?

—No.

El mitrado contenía su disgusto paseando a lo largo de la cámara.

—Si se dignara conocerle...

—Pero, usted le recuerda con exactitud?

—Ciertamente, señor.

—Rícidadle sin quitar ni añadir una palabra.

—El señor Obispo se acomodó en un sillón. El padre Verneau quedó de pie.

—Ciudadanos y ciudadanas, dijo con entonación solemne.

—¡Padre... padre Verneau!

—Así es como quieren que se les llame, señor.

—Bueno. Continúad.

Aquellas palabras movieron la imaginación de Su Ilustrísima. Pasaron por su mente faces tiznadas de carbón, de gesto rudo y amenazador; grupos de niños hambrientos empolvados de tierra negra; mujeres harapientas y febriles, temerosas de la tragedia.

—Ciudadanos y ciudadanas, —repitió el padre Verneau.— Hubo en este país una emperatriz llamada María Teresa. La más discreta y sabia que Bélgica conoció. Otros regentes tuvieron sucesores políticos que les enemistaron con el pueblo. Pero, ciudadanos, no fué así con María Teresa. Quizás, por culpa de otros perdió su reino de Austria-Hungría, y Limburgo y Brabante pasaron a otras manos. Su buen condado de las Flandes Occidentales no, ciudadanos, no. Allí, donde yo he vivido estos últimos años no se conoce hoy otra regente que María Teresa. Ya sabemos que el rey Leopoldo vive en Bruselas. Esto no importa para mi relato.

Cuanto más nos acercamos al mar, más conocemos que reina María Teresa en los pueblos de pescadores. Ni la gran revolución, ni el imperio, ni los holandeses la desterraron. ¿Cómo hubieran podido si nada hicieron por los hijos del mar? Nada comparable a lo que le debe el pueblo del condado de Flandes.

Hace ciento cincuenta años emprendió un viaje por Brujas, Bruselas, Lovaina y Lieja. Llegó a la costa para ver los cultivos y pueblos defendidos por las dunas. El espectáculo no fué agradable. Costas sin defensa ni abrigo: arenales menguados para contener las mareas dominadoras, puertos atascados, diques ruinosos, cabañas agrietadas por los temporales, iglesias pobres entre cardos y juncos, aisladas en las marismas; y de frente el mar trágico, enemigo potente y desalentador.

Allí quedó la emperatriz un día entero. La contaron historias de pueblos arrasados. La digeron el número de gentes ahogadas la última vez que las olas pasaron sobre las dunas. La mostraron el sitio en donde una faja de tierra quedó sumergida: aún se distinguía entre las verdes aguas los restos de la iglesia tragada por el mar.

La emperatriz se preguntaba: ¿Cómo ayudaré a estos desgraciados? No puedo prohibir que suba el oleaje sobre las dunas, ni dominar el viento, ni empujar el pescado hacia las redes ni cambiar en trigales las junqueras. No hay monarca en la tierra que pueda salvar al pueblo desdichado.

El día siguiente era domingo. Las gentes de la costa, de Dunkerque a Slens, acudieron a ver a la Regente que antes de la misa paseó ante todos y habló con muchos.

El primero a quien abordó fué a un práctico de Newport.

—¿Qué hay de nuevo por el puerto?

—Nada. Salvo que la lancha de Cornelius Ersten tumbó esta noche por una racha de viento, y hallamos a Cornelius en el mar a caballo sobre la quilla.

—Se ha salvado, afortunadamente, dijo la emperatriz.

—¡Quién sabe! Cuando se le trajo a tierra estaba loco.

—¿De miedo?

—Sí. En Newport no tenemos con qué contar en las desgracias. Cornelius sabía que su mujer y sus hijos morirían de hambre si él se ahogaba. Pensando en ello, perdió la razón.

—Tenéis necesidad de una reserva que alivie las desgracias.

—Eso es. Tierra, mar y pesca son cosas inseguras. Algo con lo que se pueda contar de cierto, algo seguro, de confianza: eso necesitamos.

La emperatriz vió al cura de Heyst y le preguntó:

—¿Qué hay de nuevo por Heyst?

—Nada, si no que Jacob van Rabesteyn ya no deseca la marisma, ni limpia el puerto, ni trabaja en el faro.

—¿Por qué?

—Porque ha heredado; ya no se arriesga.

—Pero ese tiene algo con qué contar, dijo la emperatriz.

—Sí. Pero el dinero es suyo y tiene miedo de perderle.

—Os hace falta algo inagotable cuya idea os ayude y sostenga: algo que sea de todos.

—Ciertamente, contestó el sacerdote. Mucho hay que hacer. Nada se hará mientras no tengamos fe, tras esa fuerte reserva inagotable, para todos igual.

La emperatriz siguió el camino, se detuvo ante el decano de los pilotos de Middelkirke y le pidió noticias.

—No hay novedad, dijo el piloto. Me han puesto de mal humor esos muchachos, Juan van der Meer y Lucas Nerwinden, que han reñido.

—Y ¿por qué?

—Porque hallaron el banco de bacalaos que buscaron juntos toda

la vida. Alentados y unidos por la esperanza recorrieron el mar, buscándole algunos años. Entonces fueron los mejores amigos del mundo. Ahora que le han hallado son enemigos crueles, irreconciliables.

—Mejor si no le hubieran encontrado, dijo la emperatriz. Necesita Middelkirke un tesoro tan oculto que nadie pueda descubrirle.

—Ciertamente, señora, muy oculto; porque si álguien la pusiera la mano encima, saldrían de allí muchas disputas y enemistades. Además, se le derrocharía tan pronto que no serviría para nada.

María Teresa suspiró, entró en la iglesia, quedó rezando postrada y abstraída.

Terminada la misa, salieron las gentes. Quedó la emperatriz en lo más alto de la escalera, al ingreso del pórtico. Pidióle a un paje la corona, el cetro y el manto real. Así es como se la ve siempre como ella reina todavía en las Flandes Occidentales.

Ningún flamenco olvidará cómo estaba la regente aquel día: bella como un ángel.

Entonces habló a los habitantes de la costa y les dijo su voluntad. Dijo que su deseo no bastaba para calmar las olas, ni sujetar el viento, ni convertir en trigo las varas de los juncos, ni persuadir al pez de que entrara en las redes; pero que aquello que estuviera al alcance de su poder, como humilde mortal, todo sería hecho. La emperatriz habló en tan dulce piedad que muchos se arrodillaron. Ahora les dijo, resuelto entregaros el cofre que encierra mi tesoro: todo lo que poseo. Es mi regalo a los habitantes de las dunas. Pero debéis obligaros, añadió, a no emplear ese tesoro más que en los últimos límites de la miseria, y esforzaros también en trasmitirle intacto a vuestros descendientes. Obligó a los hombres, en particular a los pudientes, a prometer que no se ampararían del tesoro, ni abrirían el cofre sin haber consultado al pueblo entero. Lo juraron, bendijeron a la emperatriz: algunos lloraron de reconocimiento. También ella lloró: había comprendido que los pueblos necesitan apoyo inquebrantable, tesoro que no se agote, una esperanza eterna.

Jamás se había dado cuenta de su impotencia imperial con tanto dolor como ante el mar.

* * *

Allá me contaron, hace poco tiempo, cómo era el cofre de la emperatriz. Decían: es una imitación de la catedral de Viena, en oro puro: es como el relicario de Santa Ursula, de Brujas, todavía más bello. Tiene esculpida en alabastro transparente la historia de la emperatriz, y en los ángulos cuatro torrecillas de oro rematadas con los cuatro diamantes que la emperatriz arrancó con sus manos de la corona del Gran Turco.

Cuando yo les preguntaba si habían visto el cofre, respondían que no; pero que los pescadores, en alta mar, cuando el viento rugía desgarrando las velas y tronchando los mástiles, sobre el gesto de muerte de las olas, entre espumas de luz, veían siempre el tesoro, la urna maravillosa, tan espléndida, rica y prometedora que jamás temieron por la suerte de viudas y de huérfanos. Parece que los pescadores han visto muchas veces el cofre de oro.

Ya sabéis, ciudadanos oyentes, que la emperatriz no dijo lo que contenía. Pero os alegraríais muchísimo si conociérais todo el bien que ha salido del cofre regalado.

Desde entonces el pueblo tuvo un apoyo, lo que necesitaba; lo que todos necesitamos. Por grande que fué su miseria no conoció la desesperación. Si dudáis, id a verlo. La mar se extiende dominada y vencida por muelles, diques y rompeolas; los puertos limpios y profundos acogen cariñosos a los buques de todas las naciones. En las dunas, afirmadas por plantaciones y cultivos, pasta el ganado bondadoso; a lo largo de la costa se alínean pueblos, hospitales, asilos, escuelas y balnearios, en casitas que sonrían mirando al sol y al mar entre alhelíes y geráneos. A cada faro en construcción, a cada puerto saneado, a cada asilo que se funda, se dice siempre: *Si nuestro dinero no bastara, recurrimos al de la graciosa emperatriz María Teresa.*

Esto es un acicate: el dinero siempre bastó. El tesoro secreto es para todos de valor infinito. No engendra celos entre los hombres...

El señor Obispo le interrumpió:

—Basta, padre Verneau. ¿Y cómo terminásteis?

—Les dije: es una desdicha que la emperatriz no hubiera venido a Charleroi; pero que su legado es de tal naturaleza, que con un esfuerzo noble, buena voluntad y fé podían ellos también participar del tesoro, beneficio que les hacía mucha falta.

—Y... contestaron?...

—Con algunos silbidos y amenazas. Bajé del púlpito, callado y presuroso.

El señor Obispo sonrió.

—Comprenderían, dijo, que hablábais de la Providencia Divina, poder del cual se burlan porque no le ven. Debe permanecer en el misterio, visible para la fe. Os felicito, padre Verneau.

El fraile se inclinó silencioso.

—Oiga, padre, todavía creen los pescadores en el tesoro?

—Sí señor. Por eso allí se arriesgan y trabajan resignados con tenacidad, honradez y esfuerzo propio.

—¿Habéis visto el cofre?

—Perdonadme, señor. El secreto prometido...

—Os lo pregunta el superior, padre Verneau.

—Pues, sí, señor, le ví. Es un cofrecillo de madera, sin más adorno que cuatro hierros oxidados.

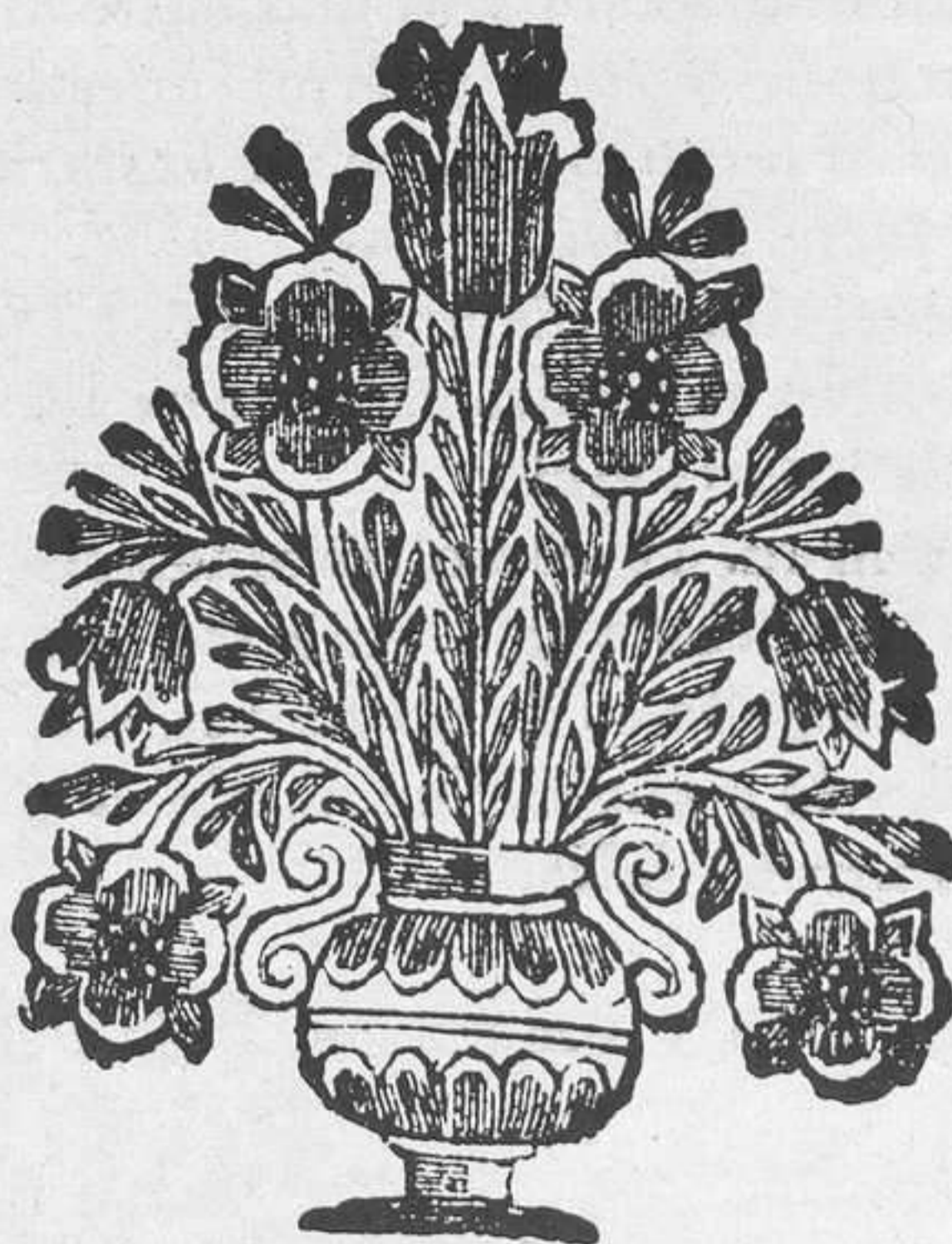
—Y dentro?

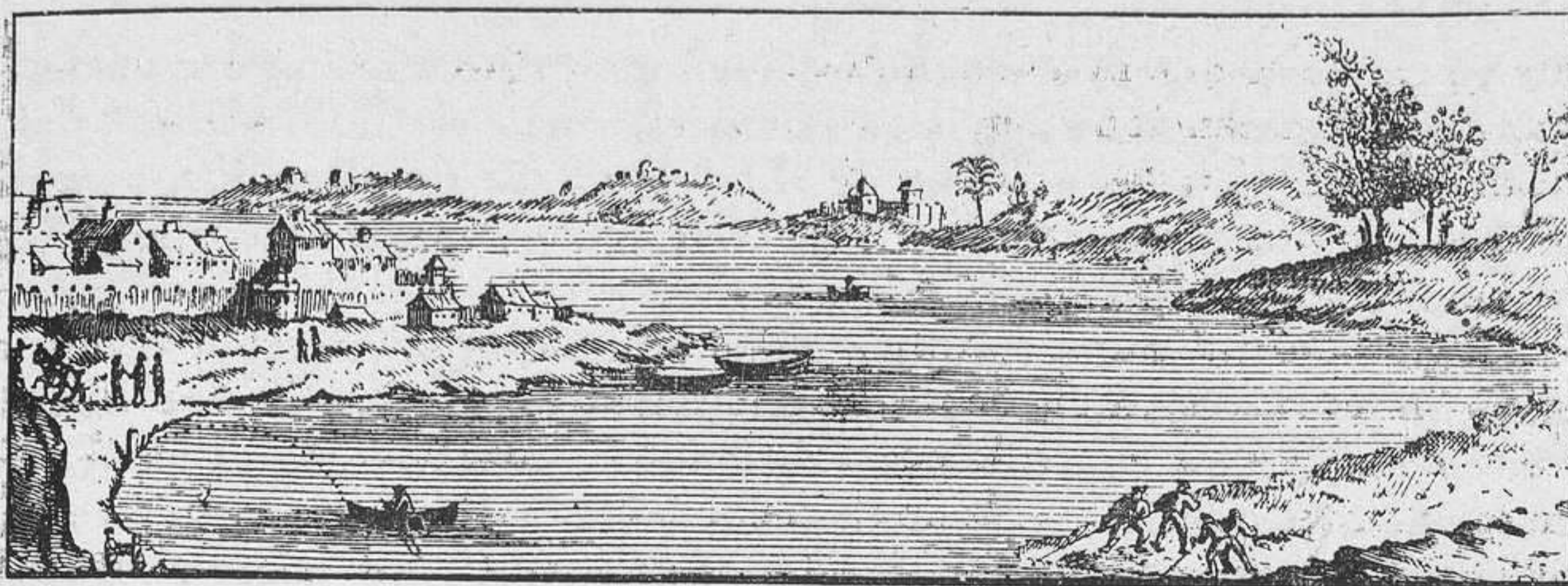
—Dentro, unas veinte monedas con el busto de María Teresa.

—¡Quién se atreve a compararlo con la Providencia!

—Nadie, señor; toda comparación con Dios es una blasfemia. Pero los pensamientos de los hombres van por diversos caminos, por infinitas sendas de virtud a las grandes alturas. Yo sabía que en el curato de Blankenberghe se conservaba el legado de la emperatriz. Es en aquella iglesia una reliquia misteriosa, símbolo de esperanza y de fe.

A un gesto del mitrado el fraile se inclinó con respeto, y salió humildemente de la cámara episcopal.





EL AYER SANTANDERINO

(Continuación)

CAPÍTULO TERCERO

EL INSTITUTO

I

Ya tengo declarado que en estos recuerdos de que escribo no me preocupa demasiado la rigurosa exactitud cronológica, sino que en ellos vengo a reflejar algo anecdótico que sé del Santander antiguo no ya por ciencia propia —que ella no alcanzaría sino a cosa de doce lustros— sino también por referencias muy propíncuas de contemporáneos míos, aunque fuesen mucho más viejos que yo. Así, *de visu* o de oído, hablo en estos apuntes de la última mitad del siglo XIX; pero cuando llego a tratar de «El Instituto» de mis tiempos, puedo decir que sólo hablo de ciencia propia, y que me refiero, poco más o menos, a los años del 1880 al 1887.

Y, como hicimos al tratar de «Las escuelas», vamos a procurar respirar un poco el ambiente santanderino de aquella época.

Cuando éramos *pípis*, novatos o estudiantes de primer año de bachillerato, los chicuelos de mi época, usábamos todavía las voces de *acusón*, *chulé*, *musiú*, y hacíamos rabiar y desesperarse a porteras y zapateros *de obra prima*, hurtábamos merengues y pasteles en las confiterías, y nos *engarrábamos* con los *raqueros* que nos llamaban *caga-tintas*. Ya, al llegar al último curso, entonábamos (es decir, *entonaban* los demás, por-

que yo confieso que no acerté nunca a *entonar*, sino a recitar con mediano ritmo) las canciones en boga entonces, como el «Pobre-chica» o el «Caballero de Gracia» o la jota de «Los ratas», de *La Gran Vía*, o ya el «Paseando una mañana» de *El gorro frigio*, o el coro de «Los vinos», o la habanera de *Certamen Nacional*.

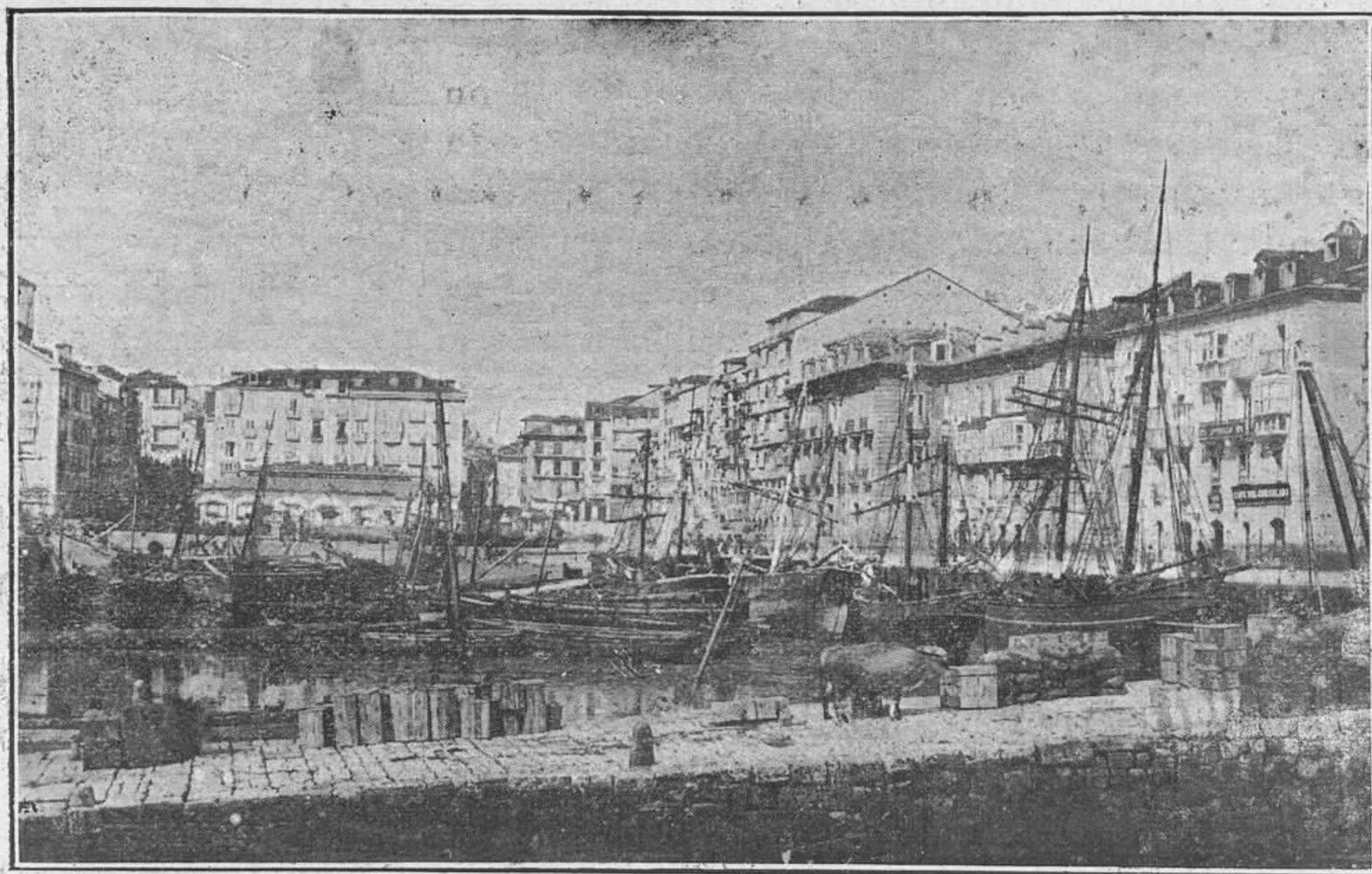
Entonces no había jardines en el «Boulevard», ni había «Boulevard», ni como española se usaba tal palabreja. Lo que hoy se llama «Paseo de Pereda», desde la acera de las casas hasta el mar, llamábase simplemente «el Muelle». Sin rellenar todavía la dársena antigua, en la que botes y traíneras se agrupaban confusamente, y no pocos pataches y quechemarines dejaban ver, en las mareas bajas, las lacerías de sus pantoques, existía el tradicional «muelle de Anáos» o «de las Náos». Muy cerca se parecía la machina de «la Monja». Junto al cuartel de San Felipe (después Teatro Pradera, hoy Sucursal del Banco de España, y que entonces parecía formar cuerpo con la masa arquitectónica de la Catedral), estaba la famosa velería de Daniel Anavitarte, concejal republicano, en cuya tertulia marinera asistía con frecuencia don Benito Pérez Galdós, el ilustre novelista.

En «La Ribera», vendía sus famosos dulces el confitero Rodríguez, que hasta no hace muchos años tuvo establecimiento muy acreditado en Valladolid. Muy cerca estaba la confitería de Soto, y era también muy conocida la «Confitería Gaditana», con tienda en la casa número 16 del Muelle, y con otra, que fué la primitiva, en la calle del Peso o de Rupalacio.

Y en «La Ribera» estaba la popular administración de Loterías de «Las Campaneras», frecuentada por todo el *señorío* de Santander que jugaba a la Lotería. En la esquina que hacía la calle de La Ribera con la del Puente, se hallaba la tienda de «Matías el paragüero», conocidísimo en la ciudad, y al lado, o casi al lado, la zapatería de Trambarría. Comprábamos los sombreros en casa de Íñigo o en la de Campo (Plaza Vieja), y vimos los primeros impermeables (azules y con capucha) en la tienda de Mieres, calle de San Francisco, que era guarnicionería, y en el centro de la cual había un caballo disecado, que no hay que confundir, pues aquél era castaño y éste tordo rodado, con el que mucho después se vió en el establecimiento de Aldea, que ocupaba el local que también tuvieron Lorenzo el camisero y el sastre «Roc-Olmef». La tienda de Mieres la tuvo en traspaso Martina Gómez —muy simpática y acreditada— cerca de la *Tintorería Francesa*, y de la tienda «La Rosario» en que despachaba la alegre Amparito, que era tan virtuosa como alegre y que luego profesó en no sé qué Orden religiosa.

Nos cortábamos el pelo, y *empezábamos* a afeitarnos, en la peluquería de Cuevas, situada entonces en la calle de los Tableros, en

un piso sobre la droguería de «Amieva, Saro y Campaña». Los chicos más *cheches* y precoces dábanselas de hombres refiriendo las excelencias de la cerveza «Pale-Ale» que se vendía en el «escritorio» de Lenard, en la *punta del Muelle*, junto al de Lanuza, que tenía un Jerez «Misa» superior. Claro que aún no osábamos ni asomar al «Tiro de pistola» de la calle de Santa Lucía. Nos limitábamos a pararnos ante el almacén de música de Iturriaga (calle de San Francisco) o ante los escaparates de «Denti-Óptico» (en la misma calle) con unos grandes lentes de muestra. No podíamos adquirir, sino admirar, los relojes asombrosos que vendían Jorge Girod (con sucursal en San Sebastián) y Federico Alexandre que en su relojería de la calle del Puente tenía una concurren-



La antigua dársena (Foto Duomarco)

da tertulia de muchachos elegantes «de la Crema». Y, algo vergonzosamente, en la lucha entre el afán de hombrear y la fuerte tiranía de la inclinación infantil, íbamos a recrearnos en mirar la partida de las diligencias de Catalán, de Horga y de «Pedraja el dorador», en la calle del Correo —hoy Amós de Escalante— en el mismísimo local que hoy ocupa el comercio de la viuda de Sisniega— parándonos ante aquellos cromos, molduras, espejos y vidrios «de la Luisiana» que allí se vendían, o tal vez esperando a «los hijos del amo» que eran Paco y Máximo Pedraja, entrañables y simpáticos camaradas de todos los chicos de Santander.

Con la *alevosa* complicidad de ellos, singularmente con la de Máximo, dimos cabo a no pocas travesuras, tales como la de merendar unos famosos chorizos que en la *diligencia* de que Pedraja padre era consignatario, enviaban desde Ramales a unas chicas internas en el colegio de *Las de Collado* (calle de San Francisco) que eran *algo novias* nuestras. Los chorizos no llegaron a su consignación, porque nos los comimos en «La Pasajera» de Peñacastillo, y la reclamación legal fué ahogada por intercesión graciocísima de las amables muchachas, a cambio de unas coplas satíricas contra sus maestras, que nosotros escribimos y ellas acertaron a colocar en el cajón de la mesita de sus profesoras, con viva indignación de éstas, y largas e infructuosas investigaciones del bendito don Pedro Fernández Peña, de las que solo salieron indicios que ya sé yo a quién costaron serias reprimendas, pero no otra cosa.

Pasábamos los mozuelos de entonces con mucho respeto por la «Guantería» que hizo famosa nuestro Pereda, y a la que asistían los elegantes de aquellos tiempos. Pero en horas en que no había en ella tertulia (las primeras de la mañana o de la tarde), solíamos atrevernos a entrar para comprar —gran «calaverada»— una cajetilla de *Sussinis* (blancos o pardos) mediante el precio de dos realitos, y confiados en la inagotable y discreta bondad de «el Guantero», don Juan Alonso, que a todos nos conocía, que no contaba nada a nuestros padres... y que sufrió las consecuencias de su indulgente amabilidad, nunca compensada por lucro alguno, en un expediente que se le siguió por contrabando de tabaco, ya que vendía efectos estancados en un comercio que no estaba autorizado para ello.

También nos divertía echárnosla de hombres departiendo con el gracioso y amenísimo Telesforo Martínez, en su imprenta de la calle de la Blanca (hacia el sitio que hoy ocupa el restaurante «Royalty») quien gustaba mucho de que riyéramos sus chistosas picardías. O bien mirando libros en los escaparates de las librerías de Toribio Saldaña, en el Puente, o de la imprenta de la Viuda de Pérez Ycasátegui («Librería Católica») en que se tiraba «*La Verdad*». Y puestos ya a ver Literatura... por fuera, solíamos detenernos en la Plaza Vieja, a la puerta de «El Arca de Noé» (tienda del pintoresco Linazasoro), aprendiendo a conocer a los políticos de entonces en las caricaturas de periódicos ilustrados —en el sentido tipográfico, que no en el otro— que nos mostraban el *tupé* de Sagasta, los lentes de Cánovas, el rostro lampiño de Martos, etc., etc...

Por lo demás, hay que confesar que nos entretenía no poco ir a ver caballos en las herrerías de Sarmiento (el abuelo del torero) en la calle de Burgos («tinglados» de Isla), o en la de Varela (calle de la Concordia), y ver bañar caballos en *la rambla*, o bien bañarnos nosotros.

mismos, que presumíamos de buenos nadadores (eran «ases» en este ejercicio Senén Diestro y Carlos Pombo, después de las hazañas de don Amós) y que a primera hora matinal íbamos a la segunda playa, de Castañeda, a mediodía a la primera, con temor al pitido de Sarabia, y a los regaños de don Arturo Pombo, y por la tarde a la «escollera» de Maliaño, en la que alternábamos con obreros jóvenes, amigos nuestros y buenos camaradas.

Todavía andaban entonces por nuestras calles, en tiempos de fiesta, las famosas «Gigantillas» (derivación de los *Gigantes y Cabezudos*), que eran muy populares en Santander. Todos las conocíamos por sus «nombres propios» y ni personas mayores, ni jóvenes, ni chiquillos, se resistían al encanto de aquellas graciosas figuras que iban bailando toscamente al son de pito y tamboril. Las más principales y famosas de ellas eran: «don Pantaleón», vestido con casaca roja y con un grueso bastón en la mano; «doña Tomasa», con esclavina sobre un largo traje pardo, muy negra y muy larga; «La Repipiada», una vieja arrugadica y compuesta; «La vieja de Vargas», con vestido de lunarcillos blancos en fondo gris y con pañuelo terciado al pecho, todas las cuales figuras eran gigantescas; y además «los dos enanos», dos gemelos chiquitos, gruesos, con grandes cabezas de cartón pintado, con sendos campanos colgados al cuello y con unas vejigas infladas que iban repartiendo golpes entre los chiquillos que los rodeaban gritando y riendo. Había coplas populares, acomodadas a la música de pito y tamboril que se tañían en tales ocasiones, y recuerdo que algunas de esas coplas eran así: *Allí viene don Pantaleón, con su levita y con su bastón. Allí viene doña Tomasa, con su esclavina para su casa. Allí viene la Repipiada, cargada de hombros y algo enfadada. Allí vienen los dos enanos, con sus cabezas y sus campanos...*

Y era de ver —¡oh, encanto de la pasada sencillez!— cómo las mismas personas mayores, adultas y ancianas, con el pretexto de entretener a los chicos, se complacían en ir cantando las coplas según desfilaba la pintoresca comitiva, mientras por bajo de los trajes de los figurones se veía marcar el paso de la danza primitiva a unos pies calzados con alpargatas y los extremos de unos calzones de mahón, que vestían los mozones que iban mirando el camino por un cristalico que había en las *gigantillas* a la altura de los ojos de ellos y que, además de cobrar su modesto jornal, se divertían lo indecible «poniéndose en situación» como se dice en el argot teatral; porque «don Pantaleón» marchaba tieso y erguido, con pasos leves y cortos; «doña Tomasa» más bien andaba que bailaba, sin perder, no obstante, el ritmo tradicional; «La Repipiada» hacía contorsiones muy divertidas y grotescas; «La vieja de Vargas» llevaba aire conspirador y político, y los «enanos» corrían de un lado a

otro, sacudiendo golpes con sus vejigas a los chicos que les rodeaban... Con aquella misma música se compusieron algunas coplas satíricas contra algunas personas santanderinas, que los señores más *pillines* cantaban «sotto voce» guiñando el ojo, mientras las damas (no muy ajenas a tanta *picardía* y disimulando lo que la celebraban) y los niños, entonaban las *verdaderas* coplas tradicionales que acabamos de transcribir.

Mucha boga alcanzaba entonces el «Circo de Numancia» o «del Reganche» que era como centro de la buena sociedad santanderina. Era un edificio de nueva planta, con buen parque, construído en el lugar en que antes estuvieron los «Bailes de Campo» sucesores de los «Bailes Campestres» inmortalizados, unos y otros, en la Montaña, por la pluma del Maestro Pereda. Así se cumplió la profecía de éste, puesto que en 1885 se edificó este «Circo», según el ilustre maestro hace constar en una nota al capítulo inimitable que en 1872 escribiera acerca de estos «Bailes Campestres», y que forma parte de las «Escenas Montañesas», (tomo V de sus «Obras completas»). Alguna referencia haremos, en otro capítulo de estas Memorias (*La vida de sociedad*), a los Bailes de Campo. Ahora solo hablamos del «Circo Ecuéstre» o «Circo del Reganche», como también se llamaba, aunque también de él nos ocuparemos en su aspecto de sitio de reunión, en el lugar citado. Pero me refiero yo ahora al «Circo» visto por los mozuelos imberbes, con gustos de niño y presunciones de mozo, que más gozábamos con aquellos que con éstas.

En los jardines del «Circo» (praderías pequeñas, macizos, laureles, florucas medio secas y senderos en zig-zag que rodeaban la fábrica circular y conducían a rincones relativamente umbríos entre minúsculos setillos de *truenos*), había a la entrada un pabellón pequeño destinado a «Tiro al blanco». Allí coqueteaban con «las del circo» los mozos mayores, y allí los chicos nos empezábamos a ejercitar en el tiro de pistola, en el de carabina o en el de *escopeta de salón*.

La más famosa y memorable temporada del «Circo» (que se llamaba «ecuestre», aunque en él no apareciesen caballos muchas veces), fué aquélla inolvidable para los santanderinos de mi época, en que trabajaba la Compañía de Mister Jonnes. Era éste un atleta muy ancho y fornido que se lucía en el ejercicio de «la percha fenomenal». Sobre su estómago y sin ayuda de los brazos sostenía en equilibrio una muy alta pértiga, rematada en lo alto por un trapecio en que la hija de Mister Jonnes (*Miss Katarinodar*) hacía volatines, flexiones, planchas, sirenas y demás diabluras acrobáticas, con gran asombro y aplauso de la concurrencia. *Miss Katarinodar* (¿te acuerdas, Tomasín Agüero, alias «Cerrilla?»); era una garrida moza, rubia, macizota y bien formada, más fuerte que ágil, y que trabaja en lo alto, confiada en la habilidad de su padre



La Alameda Primera en 1880 (Foto Duomarco)

el equilibrista. En cambio, la ecùyere *Laguillaume* era delgadita, morena, muy ágil y graciosa, y muy celebrada por eso y por su elegancia en vestir, tanto en la pista, cuando cabalgaba, como en el «tiro al blanco» y como en las calles de la ciudad. Cundió mucho, por entonces, una copla que cantaba la comparsa «El Cencerro» y que, «plus minusve», rezaba: «Todos esos señoritos —de esta culta población— quisieran ser caballitos— que amaestra *La Guillón*».

Katarinodar y *Laguillaume* eran el centro de una tertulia en un palco del circo que frecuentaban Enrique Menéndez, álias *Casa-Ajena*; Tomás Agüero (*Cerilla*), Santiago Escalera, Federico Vial, Mateo Obregón y Federico Alvear. Nosotros, los muchachuelos, los veíamos desde el «paseo» y los admirábamos como a modelos de elegancia y distinción, que lo eran en efecto.

También formaba parte de aquella compañía de circo el clown inglés «Sansfrance» (o *San-France*, que de ambos modos se anunciaba en carteles y programas), el primer clown *mudo* que vimos en Santander. Mejor pudiéramos decir «semi-mudo» ya que, en contadas ocasiones, solía pronunciar algunas frases, luego celebradas y repetidas, con acento y pronunciación ingleses. Así, cuando saltaba por encima de un hombre y luego de dos, de tres, de cuatro, etc., etc., apenas terminado un sal-

to pedía, muy serio, «Otro hombre más», lo que hacía reír a todos y era imitado por chicos y gente del pueblo. Este *San-France* era muy diestro en caminar sobre zancos y los tenía muy altos, sujetos a los pies con unos correaes y cubiertos, zancos y piernas, por los largos pantalones. Así, alcanzaba una talla enorme que, cuando salía por las calles, como anuncio del «Circo», llegaba a los pisos primeros de las casas, ofreciendo caramelos y programas a las damas asomadas a ellos, o bien yendo a sentarse, con toda naturalidad, sobre la cubierta o tejadillo de la «casetta de los Corconeras», emplazada en donde antes se encontraba el Club Marítimo, en la que primero estuvo el «Embarcadero de Pasajeros», y que se llamaba «de los Corconeras» porque de allí salían los vaporcitos *Corconeras* que llevaban excursionistas a Pedreña, al Puntal, a la Magdalena, al Astillero y al «Cespedón», con un horario fijo publicado en los periódicos. Los domingos era, *de buen tono* ir a la Magdalena y de allí al Sardinero, a pie, para tomar un *sorbete* en «Las Brisas», café que ocupaba el local que hoy es el pabellón de los «Amigos del Sardinero», y que ostentaba en sus puertas —entre los pinares— grandes letreros que rezaban: «Helados a lo pitiminí golpeados».

Bueno, pues con ser de altura más que mediana aquella caseta de los *Corconeras*, sobre su tejadillo se sentaba cómodamente *San-France*, dejando posar en tierra los extremos de sus largos zancos. Rodeábale multitud de chicuelos, y desde los balcones del Muelle se le miraba celebrando mucho su habilidad y su gracia.

Nos divertía en extremo a todos aquella compañía de circo, que vino a Santander tres o cuatro veces, y recuerdo aquel brillante número final: «Gran Batuda Americana por toda la compañía», en el que toda ella, en efecto, tomaba parte.

También anduvo entonces por las calles de Santander el «Hombre-Mosca», famoso enanillo de luengas barbas grises que le caían hasta la cintura, y que presumía de «escalador de edificios» aunque lo que él hacía en este ejercicio sería hoy cosa facilísima para cualquier joven deportista.

Ya, en curso «de Instituto», nuestras travesuras iban ascendiendo de categoría y tomando, en nuestra consideración, visos de *calaveradas*. Al ir a clase, o entre dos clases, acudíamos a jugar a carambolas en casa de Bezanilla (*Cachucha*) en la calle de los Remedios, sobre una enorme mesa de billar, desnivelada y hasta creo que con *baches* y con bandas sin elasticidad alguna. Lo más pintoresco de aquel «billar» era el precio, pues el famoso *Cachucha* cobraba a cada jugador, «una perra chica por seis carambolas», con lo que los diestros o peritos, en pocos minutos gastaban los cinco céntimos, y los *chambones* por igual cantidad estaban manejando el taco más de un cuarto de hora. Bien es verdad que el co-

nocer la mesa era factor importantísimo, y compitiendo con un *chambón* asíduo de la casa, perdía con frecuencia un buen jugador, puesto que aquél sabía de memoria los inverosímiles caminos que recorrían las bolas por haber *caídas* en determinados sitios, por quedarse *pegadas* en algunos otros y hasta por hacer cabriolas inverosímiles en el centro de la mesa. Si alguien rompía el paño de ésta, sabido era que tenía que pagar cubriendo con monedas de plata el siete o desgarrón.

Otra *picardía* nuestra era ir, a hurto de la familia, a cenar a *donde Chales*, una casa de comidas y bebidas, en la planta baja de la casa número 7 y 8 del Muelle, en donde por muy poco dinero nos daban salchichón, aceitunas y algún otro plato de mayor enjundia. También íbamos a merendar, o a cenar temprano, al establecimiento de «Regatillo» o de «Escontría», en la calle de Atarazanas, y allí el condumio solía ser más substancioso, el vino algo peor y los precios más baratos que en otras partes.

Mayor gravedad revestían otras incipientes calaveradas, como era la asistencia a bailes. No a bailes *de sociedad* —en que no hubiéramos sido admitidos— si no a bailes «de costureras» como se decía entonces. Eran los más celebrados «La Guirnalda» y «El Polisón», de los que mis contemporáneos han de guardar muy dulces memorias. Las «costureras» santanderinas (que nadie las llamaba modistas, ni menos «modis») gozaban con razón fama de ser guapísimas, muy bien plantadas y garbosas, de vestir con pulcritud y elegancia, de ir muy bien calzadas y de peinarse *como los ángeles*... cuando peinan el «cabello de ángel». Védame la discreción obligada citar algunos nombres de las damas y galanes que «ponían el mingo» en aquellos bailes; pero no el decir que de allí salían novios «como arena», que lo que hoy se llama «flirteo», y entonces ni aún se denominaba «coquetería», era salsa deliciosa en que flotaban las polkas, las habaneras, las danzas, los schotis, las mazurkas y las jotas *al agarrao*. Porque los valeses —¡y no digamos los rigodones!— se miraban con desdén y burla, teniéndose como cosa de «señoritingas».

La música que acompañaba tales bailes era, ya la de un piano bastante mal tocado por cierto, ya la de «guitarras y bandurrias», o ya la del «manubrio», últimamente. Sentábanse las chicas costureras en derredor de la sala, y a la puerta de ésta, o en medio de ella, formaban grupo los muchachos. La música preludiaba los primeros compases de un baile, para que se supiera lo que iba a tocarse; callaba luego breves momentos, y en ellos cada cual acudía a sacar pareja con el consabido: «¿Quiere usted bailar?» (o «¿quieres que bailemos?»). Alzabase de su silla o banco la invitada, tomaba el brazo del galán y daba principio la danza. Cuando las niñas vestían trajes claros era costumbre que la pareja tomase el pañuelo en la mano derecha a fin de no manchar de sudor

el vestido. Muy delicado. Entonces empezó a ponerse de moda el «pasodoble», que antes se llamaba «marcha». (¿Vamos a bailar esta marcha?).

Los bailes de Carnaval no eran precisamente nuestro campo de acción por entonces, pues no nos permitían en casa salir de noche, y por la tarde solían vigilarnos bastante las familias. Sin embargo, no dejábamos algunos años de asomarnos un rato a ellos, aunque era empresa difícil para los chicos jóvenes, tanto por el miedo a ser vistos y delatados, como por la falta de dinero. Esta suplíase a veces con habilidad para burlar al portero, y otras con el sacrificio de alquilar por la tarde un disfraz más barato del que se tenía pensado. En muchas tiendas de la calle del Peso y en alguna de la de San Francisco se alquilaban los disfraces. La careta había que comprarla, o el antifaz de raso negro o colorado, aunque también se alquilaban unas enormes cabezotas enteras de cartón en las que metíamos la nuestra, y que pesaban terriblemente sobre los hombros. Pero tal indumento era solo para salir a recorrer las calles, singularmente la de San Francisco, la Alameda primera y el Muelle, pues para los bailes (las pocas veces que los chicuelos hacíamos la *trastada* de asistir a ellos, saliendo y entrando en casa con los pies descalzos y las botas en la mano) era casi obligatorio el *dominó*.

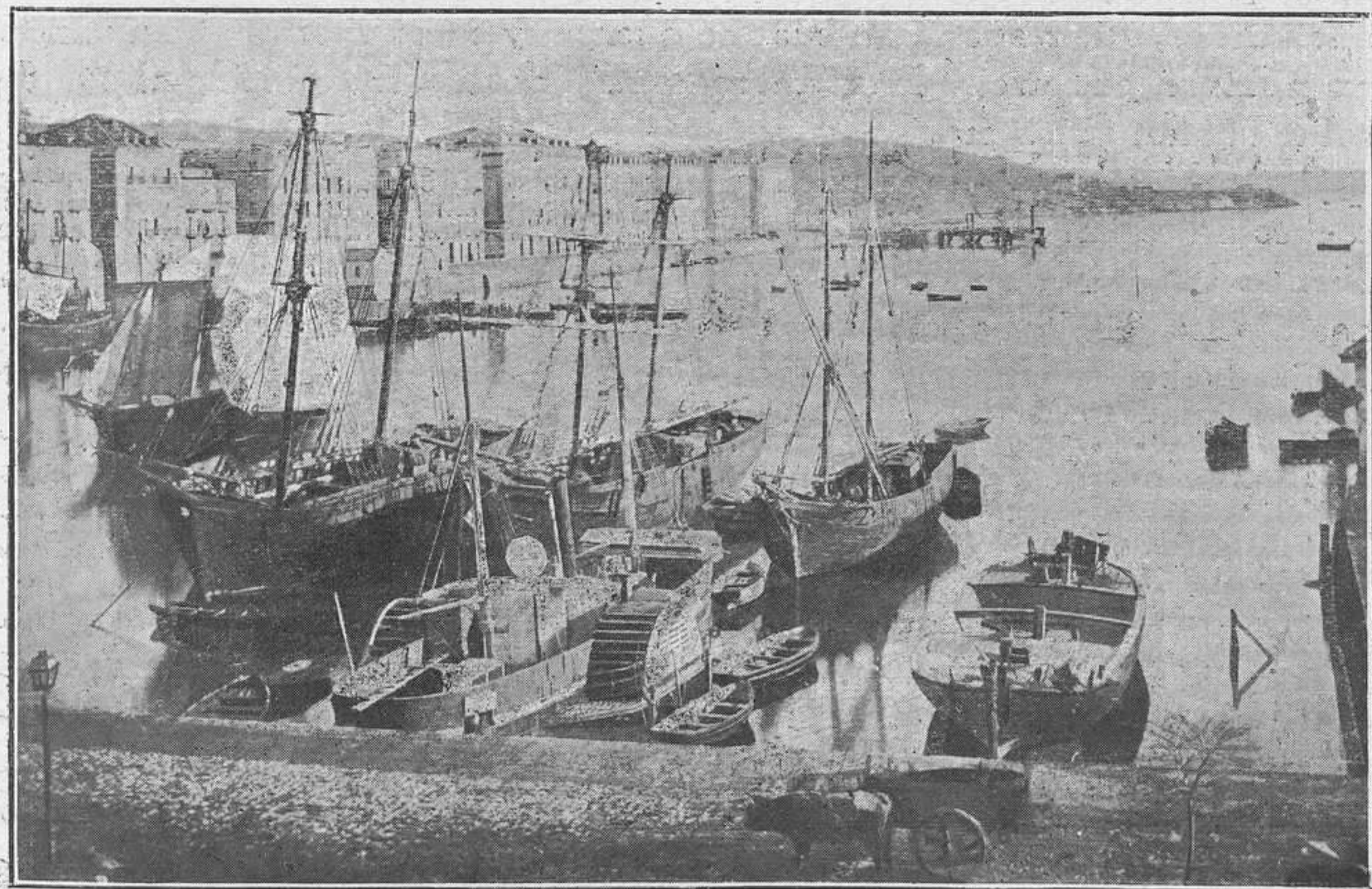
En las calles era muy pintoresco el Carnaval. Había no pocas comparsas muy graciosas, entre ellas el famoso «Cencerro» y «Los Bandos» que criticaban, en coplas salidas de la minerva de Estrañi primero y luego de otros poetas, las sesiones del Ayuntamiento santanderino y los sucesos de actualidad. También había comparsas aristocráticas, de las que fué la última la de los «fracs rojos», dirigida por don Belisario Gayé, el inolvidable profesor de música, y la cual solo cito aquí por lo relevante de su memoria, pues cuando ella salió y dió conciertos en las casas, ya habían pasado mis tiempos de Instituto. En éstos, abundaban por Carnaval los niños vestidos «a la Federica», con empolvado peluquín, tricornio emplumado, casaquilla y calzón corto. Había también máscaras astrosas: «El Higuí» o «al higuí»; mascarón mal trajeado que llevaba una vara de que pendía una cuerda con un higo paso a su extremo. El mascarón agitaba la vara y la golpeaba con otra menor, ofreciendo al *cebo* del higo seco a la turba de chiquillos que acudían a tratar de tomarle con la boca, pues las manos había que tenerlas a la espalda, ya que el maestro no cesaba de gritar: *Al higuí, al higuí; con la mano no, con la boca sí*. En tal guisa caminaba la comitiva de hombrón y chiquillos por diversas calles, hasta que alguno de éstos, de una fiera acometida, pescaba entre sus fauces el higo, aderezado con el condimento que hace suponer la frecuencia de tentativas en que se escapaba de muchas bocas.

Era también frecuente la máscara llamada «la que pierde el tren»,

vestida de viajero, con una maleta y una manta en las manos, y que atravesaba las calles, entre las gentes, que reían, y grupos que la abrían paso, corriendo a todo correr y sin tener otra diversión que la de hacer reír al público durante toda la tarde.

Pues no armaban poca algarabía otros grupos, tales como el de las «brujas», cubiertas con altas caperuzas negras salpicadas de doradas estrellitas, y el de los «Bebés», con largas túnicas y sendos sonajeros en la mano. Estos grupos (casi siempre se trataba de costurerillas de buen humor), tenían la especialidad de «dar bromas pesadas» al primer transeunte conocido que topasen, y al que todas las máscaras del grupo rodeaban entre gritos y chillidos hablando en voz de falsete y diciendo algún donaire, pocas finezas, y muchas cosas mortificantes. Saber sostener, con gracia y serenidad, aquellas bromas, era un timbre de gloria para los muchachos de entonces, y recuerdo que el ingenioso Gumersindo Vidal, hacía tan a maravilla, que la gente se detenía, antes que por escuchar las bromas de las máscaras, para oír las improvisadas y oportunísimas respuestas con que él sabía confundirlas y hasta ahuyentarlas.

Nada digamos del indispensable «Oso» que *salía* todos los años. Una máscara, siempre astrosa, llevaba atada a un largo cordel, a otra máscara cubierta con *pellejas* de largas lanas, que simulaba ser el oso de aquel gitano. Este tañía torpemente un pandero y el oso bailaba reme-



El muelle y la bahía en 1861

dando el paso de los húngaros transhumantes, acometiendo de vez en cuando a la turba de chicuelos que rodeaban a ambos, y que se dispersaban en estrepitosa algarabía.

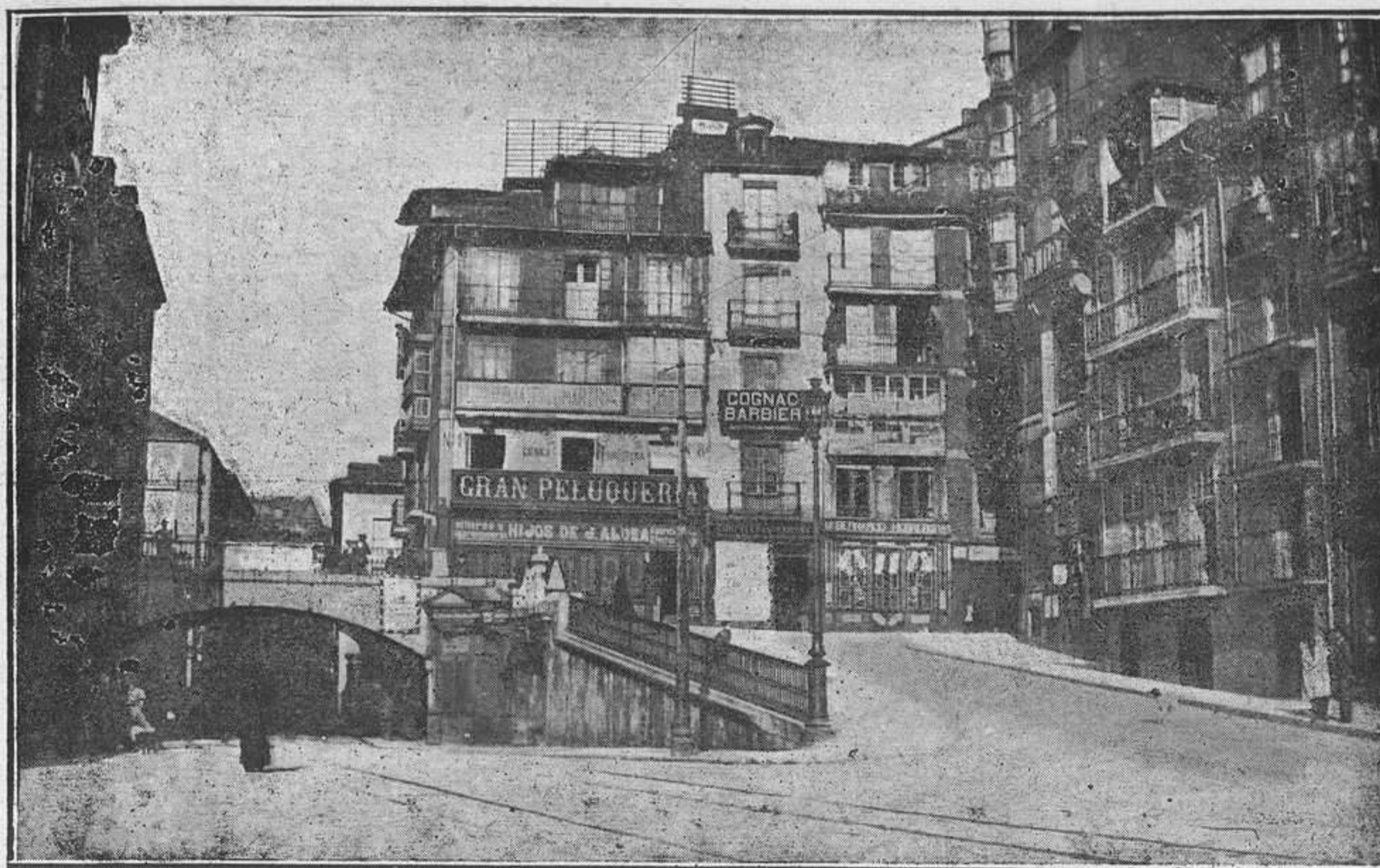
Máscaras había disfrazadas de «la Muerte», imitando la macabra apariencia de un esqueleto, y otras de «Diablos», con trajes rojos, altos cuernos y largos rabos que recogían al brazo. Otras de «amas de cría», con un muñeco (a veces un verdadero niño de carne y hueso), y otras «a cara dura», que era llevar disfraz en el vestido y sin antifaz ni careta el rostro. Algunos *bigardones* se ponían sayas de mujer con enaguas sucias y pañuelo rameado al cuello. Y punto céntrico de reunión, de unas y de otras, era la taberna más cercana, en donde íbase formando pintoresca asamblea, al disolverse la cual, entre vahos vinosos, caras, caretas e indumentos, salían salpicados de rojos círculos valdepeñescos.

Había también en los Carnavales el distinguido «paseo de coches», que algunos años estuvo tan animado que la «fila» llegaba desde *la punta del muelle* hasta Becedo. Por aquel entonces había en Santander muchos y buenos carruajes tirados por caballos, y eran muy bonitos los jaeces de éstos y muy cuidadas las carrozas. A los estribos de éstas subían máscaras distinguidas, y al amparo de los disfraces se entablaban diálogos amorosos, en que las *mamás* (siempre acompañando a sus hijas) finjían no parar atención por ser tiempo de Carnaval, por más que aprovechando algún instante oportuno solían preguntar: «¿Quién es?», a las niñas, que respondían cuando querían y como querían, bien dando un nombre por otro, o bien aparentando no haber conocido al que de sobra sabían quién era.

También en algunos coches nos reuníamos los chicos: pero éstos coches no solían pasar de dos: el de Gabriel Pombo Ibarra y el de Pepe Pombo Labat, y recuerdo un año en que los dos primos engancharon hasta ocho caballos a una carretela (que había servido la última vez a Doña Isabel segunda), carretela que iba adornada de laureles, y que ocupábamos Julio Torriente, Pepe Horga, Alfonso Dóriga, Luis Pereda, Felipe Quintana, Joaquín Bustamante y algún otro, amén de los dos Pombos, dueños del coche y de los caballos, llevando el uno las guías y el otro los troncos.

Las «Estudiantinas» de entonces eran pocas. Casi siempre venía una sola y era de Valladolid, compuesta de *verdaderos estudiantes* (fué gentil abanderado de ella Alfredo Vüchs) y que tocaba violines, guitarras y panderetas que era un juicio el oirla.

Contagiados por el espíritu de imitación, los chicos del Instituto de Santander quisimos también formar una *estudiantina*, y la formamos a nuestro modo (la formaron, mejor dicho, pues yo no tomé parte en ella), con alguno que arañaba el violín, otros que rascaban la vihuela.



El Puente de Vargas a fines del siglo XIX

la, dos o tres que se improvisaron «pandereteros» tañendo el parche con manos, codos, pies y rodillas, y con varios que careciendo de esas habilidades, ejercían de «postulantes». Por entonces no recaudaban las estudiantinas con pretexto de acudir a obras benéficas, sino confesando paladinamente que los fondos recogidos habían de destinarse a gastos propios y diversiones. En Santander recogió bastante dinero para esas atenciones aquella estudiantina: pero cuando quiso ir a Bilbao (creo que de ella formaban parte, entre otros muchos, Peñil, Ubierna, Máximo Pedraja, Julián González, etc.), contó demasiado con el buen éxito, y entre lo escaso de la recaudación y lo excesivo de los gastos, viéronse los pobres *estudiantes* muy apurados para regresar a casa y alguno lo hizo semidescalzo por habersele caído a la ría un zapato y no hallar manera de remediarse debidamente.

También eran notas típicas de aquellos Carnavales los «sacamue-
las» o «charlatanes», que encaramados en algún viejo landó de alquiler, tocados con antiquísima chistera y vistiendo arcaica levita, estaban horas y horas pronunciando discursos o recitando romances. Y no hay que confundirlos con estos otros «charlatanes» de ogaño que preconizan específicos o chucherías que venden luego a los sencillos oyentes. No. Aquellos no vendían nada, ni en nada se lucraban a no ser con las coplas, impresas en mal papel, que contenían el texto de los recitados y que costaban a perra chica por pliego. No eran, ni mucho menos, co-

merciales proclamas ni ponderaciones de licores y elixires ni de otros productos, sino sátiras más o menos ingeniosas, chistes más o menos atrevidos y alusiones más o menos veladas a personajes políticos o a sucesos locales. Por más que repetíase no poco la escena del *dentista* fingido que, teniendo prevenido entre el público algún mozuelo con la cara envuelta en ancho pañuelo y lastimera expresión de sufrimiento, aparentaba descubrirle entre la multitud, le mandaba subir a la carroza —lo cual hacía el fingido paciente con muestras de mucho temor— y abriéndole la boca le introducía en ella unas enormes tenazas entre las que salía, después de graciosos forcejeos y sudores de sainete, un enorme molar con descomunales y puntiagudas raíces, que arrancaba al numeroso público sonoras y alegres carcajadas.

Ni tampoco deben confundirse estos *sacamuelas* —que se situaban en la «Pescadería» o Plaza de Velarde— (hoy emplazamiento de la Casa de Correos) con los «charlatanes» de las ferias de entonces, ni mucho menos con los ambulantes vendedores de hoy, pues los que digo solo aparecían en días de Carnestolendas.

Solo que a cada una de las notas de color que intento describir han ido lentamente substituyendo otras similares, pues a las *comparsas* de antaño sucedieron las poco decorosas «murgas sevillanas»; a las máscaras *destrozonas*, los insolentes beodos; a las pizpiretas *brujas y bebés*, dudosas cocotas; a las «estudiantinas» musicales y alegres, las agrupaciones de guitarristas y músicos mercantilizados, ninguno de los cuales suele ser estudiante; al paseo de coches... el impuesto municipal improductivo, y a los *sacamuelas* sencillos, los declamadores de inurbanas alusiones y retruécanos de mal gusto, o los comerciantes *vivos*...

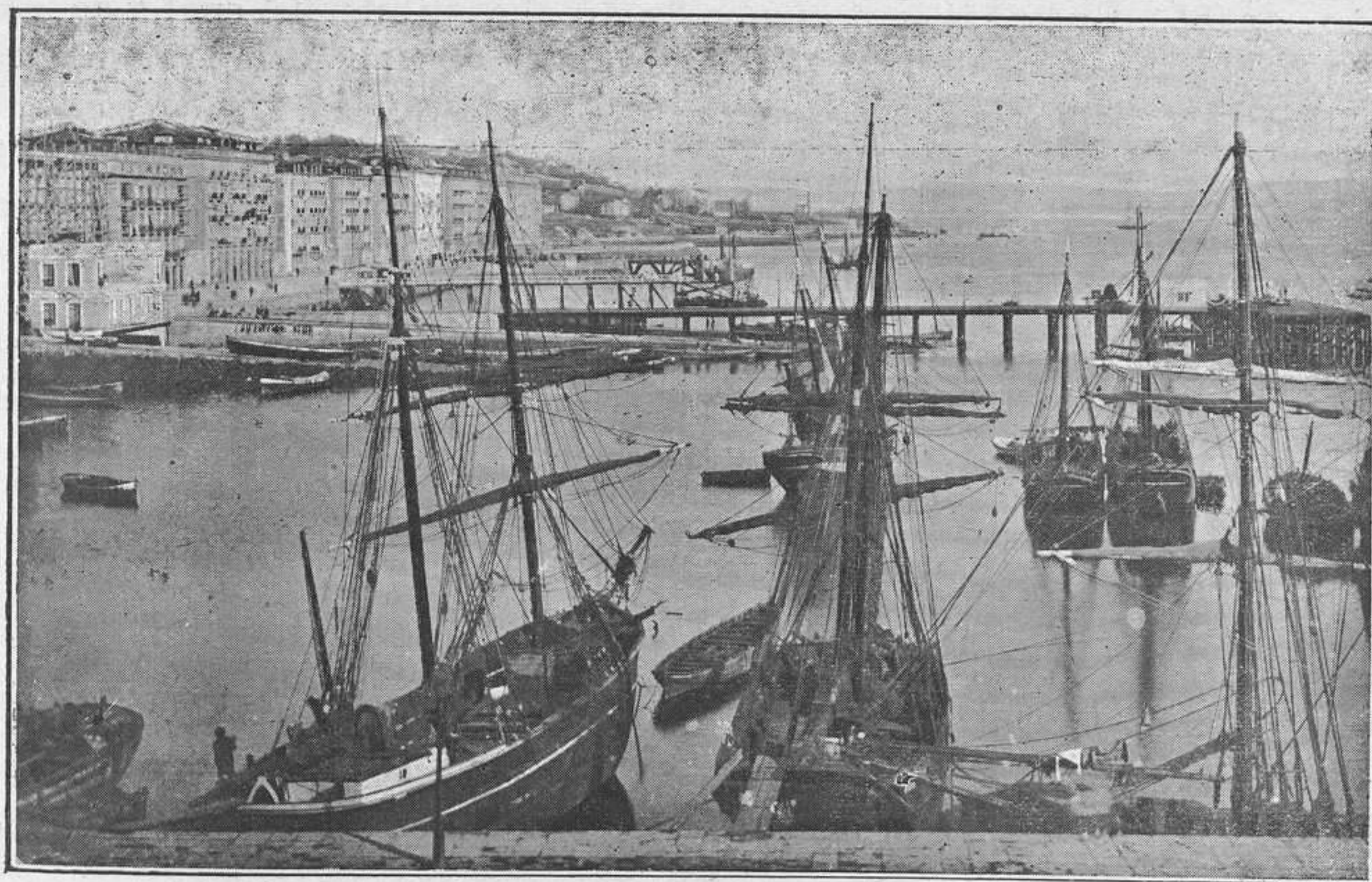
Todo aquel Carnaval que yo recuerdo ahora, pereció asfixiado en olas multicolores de *confettis* y de *serpentinatas*, que en él eran desconocidos, y que de pronto cayeron sobre la sana alegría de mi pueblo envolviéndole en espirales caducas y en lluvia de papelitos que dejaban inundadas las calles de sucias y enlodadas masas, o quedaban colgando de árboles y postes durante muchos días, en tanto se balanceaban al soplar del viento, como diciendo «adiós» al Carnaval inolvidable de aquellos tiempos pretéritos

Pasaba el Antruejo, terminado con el «entierro de la sardina», que entonces se reputaba como irreverencia y que hoy parecería un sencillo juego infantil, y tornaba Santander a su vida de siempre, vida clara y apacible, como la luenga existencia de aquel «Krutzger», el famoso perro de San Bernardo que murió asmático y cargado de años entre la puerta de la casa de su dueño don Isidoro del Campo y la de la tienda de Canal («Piñeiro y Canal») ¡aquel pobre y enorme perro llamado «el Trucha» (por la dificultad de pronunciar la palabra extranjera) por la gente del

pueblo, principalmente de la marinería!, y como la también dilatada existencia del «Massinni», del marqués de Casa-Pombo, de aquel «Massinni» también muy popular y muy cuidado por Isidro Royano.

Y la vida santanderina fué ya más complicada, porque, siguiendo esta rara y canina comparación, pudo representarse por la vida del mucho más moderno, y no menos popular, «Golfo», perro que tuvo su época de esplendor, que mereció ser atendido y cuidado por una de las más hermosas y simpáticas muchachas santanderinas, y que sufrió *persecuciones* de raqueros y chiquillos de mal corazón, subiendo y bajando la pendiente de la felicidad, y siendo tan pronto obsequiado en pastelerías y restaurantes, en hipódromos y fiestas (a las que su maravilloso instinto le llevaba) como apedreado y corrido por turbas, o aprehendido por el *lacero* municipal para ser luego rescatado por gente de la buena sociedad entre la que tenía sus principales partidarios ya que, pese a su errabunda existencia y a su vagar noctámbulo, siempre sabía cómo en toda casa había plato para él, y hasta lecho y cobijo siempre que, molesto por el frío o la lluvia, seguía los pasos de un trasnochador, y al llegar al portal deteníase junto al transeunte, quien movido de la digna e inteligente actitud de la alimaña, la hacía subir a la habitación, en que dormía para desaparecer al día siguiente.

Conocidísimas eran, entre los chicos del Instituto de aquellas ca-



El muelle y la bahía en 1870

lendas, tres mendigos muy pintorescos que andaban de una a otra parte pidiendo limosna, y que solían ir juntos muchas veces. Los llamábamos «Mambute», «Tololo» y «Piticui». Era manco este último, pero no mudo y tenía un gracioso modo de mendigar, pues en los días de Bendición Papal o de grandes fiestas religiosas, se colocaba al pie de las escaleras de la Catedral y con gangosa, pero expresiva e insinuante voz, exclamaba... «Y usted, don Fulano, (conocía a todo Santander) ¿no lleva algo?» Porque daba por supuesto indudable que llevando algo no había de pasar nadie sin socorrerle, y así era la verdad.

También era popular la figura de «El Berzas» que vagaba por las calles cercanas al Muelle y que en ellas, o en éste, trababa conversación con todo el mundo, distinguiéndose por la oportunidad con que aplicaba a todo los términos náuticos, verbigratia quejándose, si tenía un ojo enfermo, de que le habían tapado un «escobén».

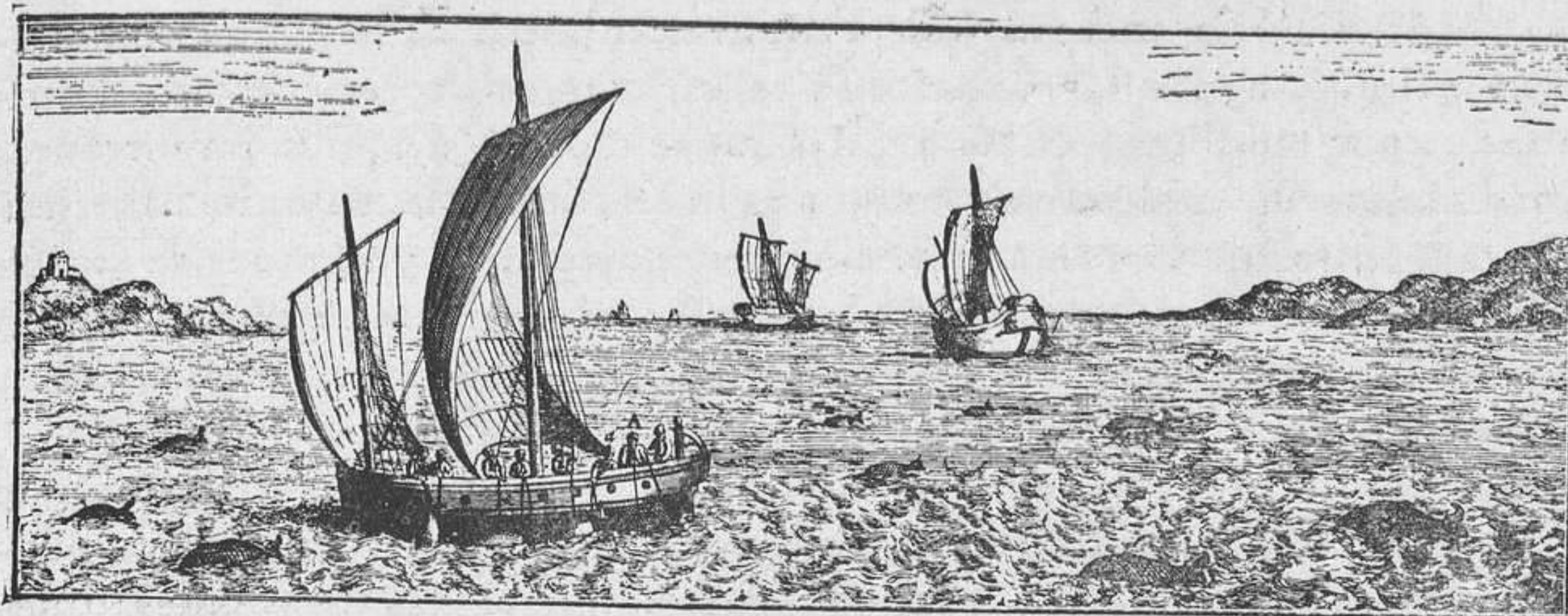
Era frecuentísimo ver bajo los balcones de las cocinas chiquillos haraposos mirando hacia arriba y gritando a voces con lastimero y acompasado ritmo: «La - del - pri-mer - pi-so-é-che-un-po-co-de-pan». Caían los mendrugos y el infeliz pedigüeño (que lo era por necesidad y que realmente solía tener hambre), los recogía y besaba, metiéndolos en el bolsillo o en algún zurroncillo sucio que, en tercerola, pendía de su cuerpo.

Tal era el ambiente general que se respiraba en Santander por los años de 1880. Entonces empecé yo a asistir al Instituto, del cual y de los respetables y famosos catedráticos que en él formaban claustro, he de ocuparme a continuación.

RAMÓN DE SOLANO

(Continuará)





VIAJES DE NAVIOS SANTANDERINOS A FILIPINAS EN EL SIGLO XIX

Tuvieron las relaciones entre Santander y Manila, durante el apogeo de la flota comercial santanderina, intensidad muy inferior a la que alcanzó el tráfico marítimo sostenido por nuestra ciudad con los puertos de la América española, si bien quedase en Filipinas, como en todas las tierras descubiertas y civilizadas con el esfuerzo español, perdurable vestigio de una constante influencia ejercida por los montañeses (1), consagrados repetidamente a cultivar diversas actividades esenciales para la vida de cualquier pueblo, aunque lograsen destacarse más universalmente practicando el comercio y la navegación.

Desde los tiempos del descubrimiento de Filipinas (2) encontramos allí linajes de la Montaña, y al correr de los años vemos aumentar el número de nuestros paisanos que instálanse en el archipiélago, casi siempre después de haber residido en Nueva España, donde conocen por los cargamentos conducidos en la Nao de Acapulco (3) fascinadoras mercaderías que hacen avivar ambiciones de cuantos buscando tenazmente fortuna deciden dirigirse al puerto de Manila, considerado ya como importante depósito comercial.

(1) Véase apéndice I.

(2) Véase apéndice II.

(3) Comenzaron los viajes de la Nao de Acapulco el año 1570, poniéndose rumbo al Perú primeramente y desde 1572 quedó modificada la navegación yendo a Nueva España.

En 1811 salió de Manila el último galeón para Acapulco y suprimida la exclusiva de este comercio por las Cortes de Cádiz en 1813, se autorizó a las naves españolas de propiedad particular para hacer igual tráfico.

En la historia mercantil de Filipinas, a partir de la conquista, aparecen primeramente las relaciones marítimas con países cercanos, dificultadas por temibles piratas, realizándose tiempo después importantes expediciones de mercancías para abastecer desde la colonia con ricas sederías, frutos de Coromandel, marfiles, porcelanas y maques de China y del Japón a América española, que a su vez remite hasta Manila grandes cantidades de plata en barras y amonedada, reexpedidas desde allí más tarde en buena parte a diversas naciones de Asia.

El comercio practicado mediante los viajes anuales de la Nao de Acapulco deparaba pingües beneficios a los interesados en el cargamento, que siendo cortos en número repartían crecidas utilidades, pues excepto cierta cantidad percibida por las Obras Pías de Manila, pasaba a ellos la ganancia obtenida; por lo cual todos los mercaderes españoles residentes en Filipinas trataban de conseguir el ser partícipes principales en tan remunerador negocio, no faltando entre los montañeses quienes lo lograron (1).

Fué preciso el transcurso de muchos años para que la navegación desde Filipinas a España tuviera alguna regularidad, y mientras los principales países de Asia sostenían frecuentes e importantes relaciones comerciales con Manila, no hubo en realidad comunicaciones directas para acercar la colonia a su metrópoli hasta fines del siglo XVIII, en cuya época fúndase por Carlos III el año 1785, la Compañía de Filipinas, que abarcando ámplios negocios cultiva también diversos frutos destinados a operaciones de venta.

Concluidos en 6 de septiembre de 1834 (2) los privilegios que concediéronse a la citada Compañía, adquiere extraordinario desarrollo el

(1) Un insigne paisano nuestro, a quien dásele frecuentemente el título de General, don Francisco de Carriedo y Peredo, nacido en Ganzo el 7 de noviembre de 1690 y que falleció en Manila el 12 de septiembre de 1743, tuvo «el cargo y mando de la Nao de Acapulco».

Con su generosidad hizo posible Carriedo que Manila posea abastecimiento de aguas, favoreciendo también a dicha ciudad mediante otras espléndidas donaciones.

Tampoco olvidó Carriedo a su tierra natal, favoreciéndola con envíos pecuniarios para hacer un puente en Ganzo y contribuir a la construcción de los de Torres y Dualez, disponiendo además en testamento mandas piadosas que el convento de las Caldas había de recibir.

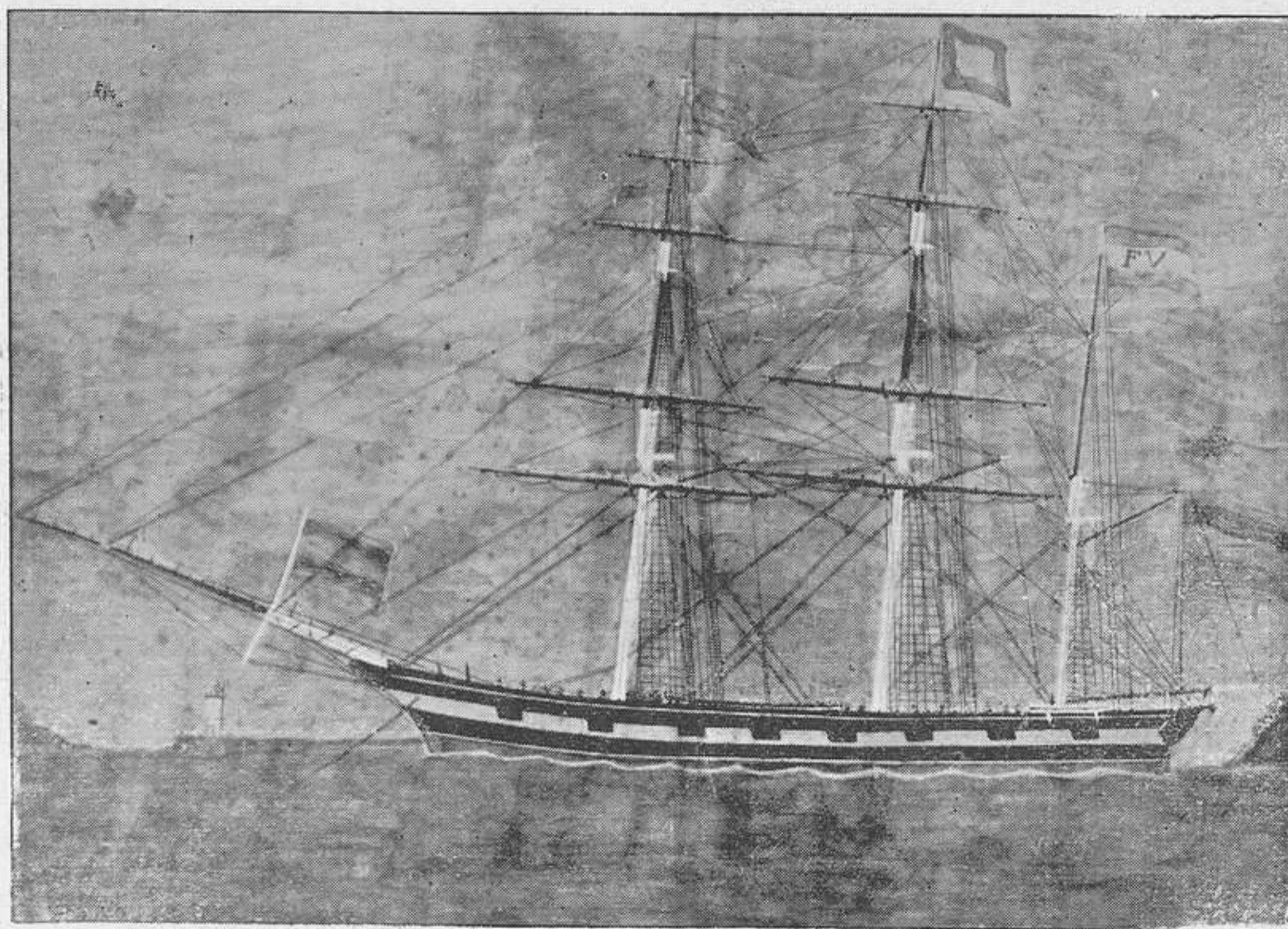
Durante algún tiempo creyóse, equivocadamente, que Carriedo era mejicano. (Véase *Carriedo y sus obras*, por don Francisco de Más y Otzet, páginas 79 a 82, biografía publicada según acuerdo de la Corporación Municipal de Manila el año 1882).

(2) Antes de este año rara vez llegaba a nuestro puerto algún velero procedente de Filipinas, como la fragata *Victoria*, que saliendo de Manila el 19 de enero de 1826 y cargada con 364 cajas de azúcar, algodón, añil, palo sibocao, etc., para rendir viaje en Cádiz, vióse precisada a enmendar rumbo por causa de los corsarios que impedían la entrada en el citado puerto andaluz, logrando arribar a Santander el 10 de julio de 1826 y después de haber intentado quedar fondeada en la bahía de Vigo.

En la propiedad de la *Victoria* estaban interesados comerciantes montañeses.

comercio marítimo de las islas, viéndose recalar en Manila veleros de todas clases que arriban dispuestos a realizar intenso tráfico, siendo después del año últimamente indicado cuando puede afirmarse que Cádiz (1) y Santander empiezan a conseguir absoluta preponderancia sobre los demás puertos españoles para las expediciones a Filipinas.

No había siempre posibilidad de encontrar ventajosos fletes para todas las naos que integraban la flota santanderina, y cuando proyecta-



Navío santanderino del año 1854. (Colección Barreda)

das especulaciones con harinas de los trigos castellanos resultaban imposibles por estar abatido el mercado cubano, mediando diversas causas, necesitaban los armadores establecidos en nuestra plaza evitar que sus buques «permanecieran sin movimiento originando crecidos gastos»,

(1) El montañés Fernández de Castro, armador establecido en Cádiz, poseía excelentes veleros dispuestos para hacer travesías saliendo del citado puerto a Filipinas antes de existir el canal de Suez.

En el «Diario de Santander», correspondiente al 1.º de diciembre de 1849, insértase un anuncio del primer viaje desde Cádiz a Manila de la fragata *Reina de los Angeles*, que teniendo «espaciosas cámaras, bien claras y ventiladas», desplegaba 700 toneladas y pertenecía a don Ignacio Fernández de Castro.

En la asociación santanderina de aseguradores particulares, solía firmar pólizas Fernández de Castro para cubrir los daños que pudieran acaecer a sus naves, y así vemos, examinando las listas de operaciones verificadas durante los años 1853, 1856 y 1857, aparecer en ellas aseguradas las fragatas *Guadalupe*, *Hispano*, *Filipina* y *Reina de los Angeles*, y otras veces las mercaderías conducidas, entre las cuales figuran «1.000 cajas de canela tasadas en 300.000 reales» y «37 cajas de pañuelos bordados» que valían 240.000 reales vellón.

salvando tal contingencia mediante navegaciones emprendidas hacia puertos situados sobre el Pacífico o en el lejano Oriente.

Para arribar a remotos mares desde nuestra bahía precisábanse naos de construcción perfecta y conveniente tonelaje, capaces de aguantar en repetidas singladuras fuertes y variables tiempos que forzosamente habían de surgir mientras durasen dilatadas navegaciones, prodigamente penosas, pero llevadas muchas veces a buen término por esclarecidos capitanes a los cuales concedía la ciudad merecido y general prestigio.

Empleábanse, preferentemente, en hacer estas travesías veleros de 400 o más toneladas, cuya construcción estimulaba el gobierno concediendo al propietario de todo buque salido de los astilleros nacionales, y siempre que el arqueo estuviera comprendido en el tonelaje antes indicado, una subvención de 120 reales vellón por tonelada al dar la vela desde el sitio donde se construyera u otro de España para comenzar viaje a cualquier puerto de América o Asia.

Al emprender viaje desde España a Filipinas, procurábase que los veleros comenzaran su derrota en el mes de abril, con el objeto de aprovechar en julio los favorables vientos reinantes sobre el cabo de Buena Esperanza y llegar a Manila ayudados por tiempos del Sudoeste durante el mes de septiembre, evitando huracanes (1) que en octubre y noviembre hacían peligrar a las naves cuya navegación iba terminando.

Soltaban la vela los buques del comercio santanderino para ir en demanda de Manila, no solo desde nuestra bahía, pues también hacíanlo estando en puertos extranjeros, donde encontraban remunerados fletes, toda vez que el tráfico marítimo entre España y su colonia era muy inferior al sostenido por ésta con otras naciones europeas, como Inglaterra (2).

El retorno directo de las naves a la Península, saliendo de Manila, (3) hacíase difícil en ventajosas condiciones económicas por la escasez de carga, siendo preciso entonces que los veleros santanderinos arribados a Filipinas buscasen, con expediciones dirigidas a puertos de Asia (4),

(1) Apéndice I.

(2) Las exportaciones de la Gran Bretaña a Filipinas, en 1858, aproximábanse a 54 millones de pesos fuertes, mientras que España mandaba entonces mercancías a su colonia sólo por valor de 32 millones.

(3) De 1 de noviembre a 1 de mayo favorecían los vientos del N. E. la navegación a España, siendo diciembre y enero los mejores meses para comenzar viaje, porque en noviembre aún no solían ser muy duros los Nortes y pasando el mes de marzo empezaban las calmas.

(4) Singapore, Hong-Kong, Sanghai, Ning-Pó, Amoy, etc., eran visitados con frecuencia por veleros santanderinos que los comerciantes de Manila fletaban pagando mensualmente 1.500 pesos o más, según las circunstancias, al dueño de cada nave.

En diversas ocasiones fueron testigos los marinos montañeses de incidentes navales entre Inglaterra y China y cuando el bloqueo de Cantón por los ingleses en 1858, navegaban por aquellas aguas algunos navíos santanderinos.

adecuada manera de reducir gastos mientras llegaba ocasión favorable de emprender el viaje a España.

Sucedía también, motivado por análogas causas, que no pudiendo los buques santanderinos navegar en derecha al partir de Manila con la proa puesta hacia el rumbo de nuestra patria y para realizar el comercio llamado del otro lado de los dos Cabos, fondeaban en la Habana llevando a bordo colonos chinos (1) destinados a trabajar en las faenas agrícolas que exigían suplir la escasez de mano de obra en el campo cubano.

El transporte de colonos chinos a Cuba ofrecía diversos inconvenientes para el buen éxito de las expediciones, pues «aparte del riesgo de sublevación durante el viaje como el pago se hace no por lo que se recibe, sino por lo que se entrega: si a bordo se desarrolla alguna enfermedad que ocasione muchas defunciones, puede darse el caso de que el flete se reduzca a nada, y aunque esto es una eventualidad remota, no es imposible».

Por cada colono chino llevado a Cuba empezó cobrándose 85 pesos, con cuya suma podían obtener utilidad apreciable los armadores, pero la competencia de los buques ingleses (2) obligó a descender el precio hasta reducir a 40 pesos lo exigido como importe del pasaje.

Importantísimo producto en el comercio filipino era el tabaco, cuyo cultivo, no obstante las restricciones impuestas por el gobierno español, fué aumentando grandemente, mereciendo general aceptación cuanto obteníase en Cagayan (3) y que los buenos aficionados preferían después del habano. Completaban los artículos de Filipinas destinados a la exportación diversas especerías, azúcar, arroz, cacao, café, abacá, añil, algodón y maderas valiosas.

Era necesario para conducir el tabaco de Filipinas a España por cuenta del gobierno, la inscripción en un registro especial de las naos que pretendían conseguir el transporte hasta los puertos autorizados y anun-

(1) La primera introducción de chinos en Cuba verificóse el año 1847, arribando, mediante permiso especial, 600 colonos.

Desde 1853 a 1859, entraron en la Isla de Cuba 42.501 chinos.

Para la introducción y régimen de los colonos chinos, dictóse el reglamento de 22 de mayo 1854, derogado por el R. D. de 6 de julio de 1860, que establecía como norma el sistema de libertad, sin concesiones a empresas determinadas ni por cuenta del Estado.

(2) Hacíanla ruinoso y no dejaban de influir en ello las circunstancias indicadas por un armador santanderino cuando escribiendo a su socio decía: «Los extranjeros navegan con menos gente y pagan sueldos baratos y proporcionales a la abundancia de marineros.

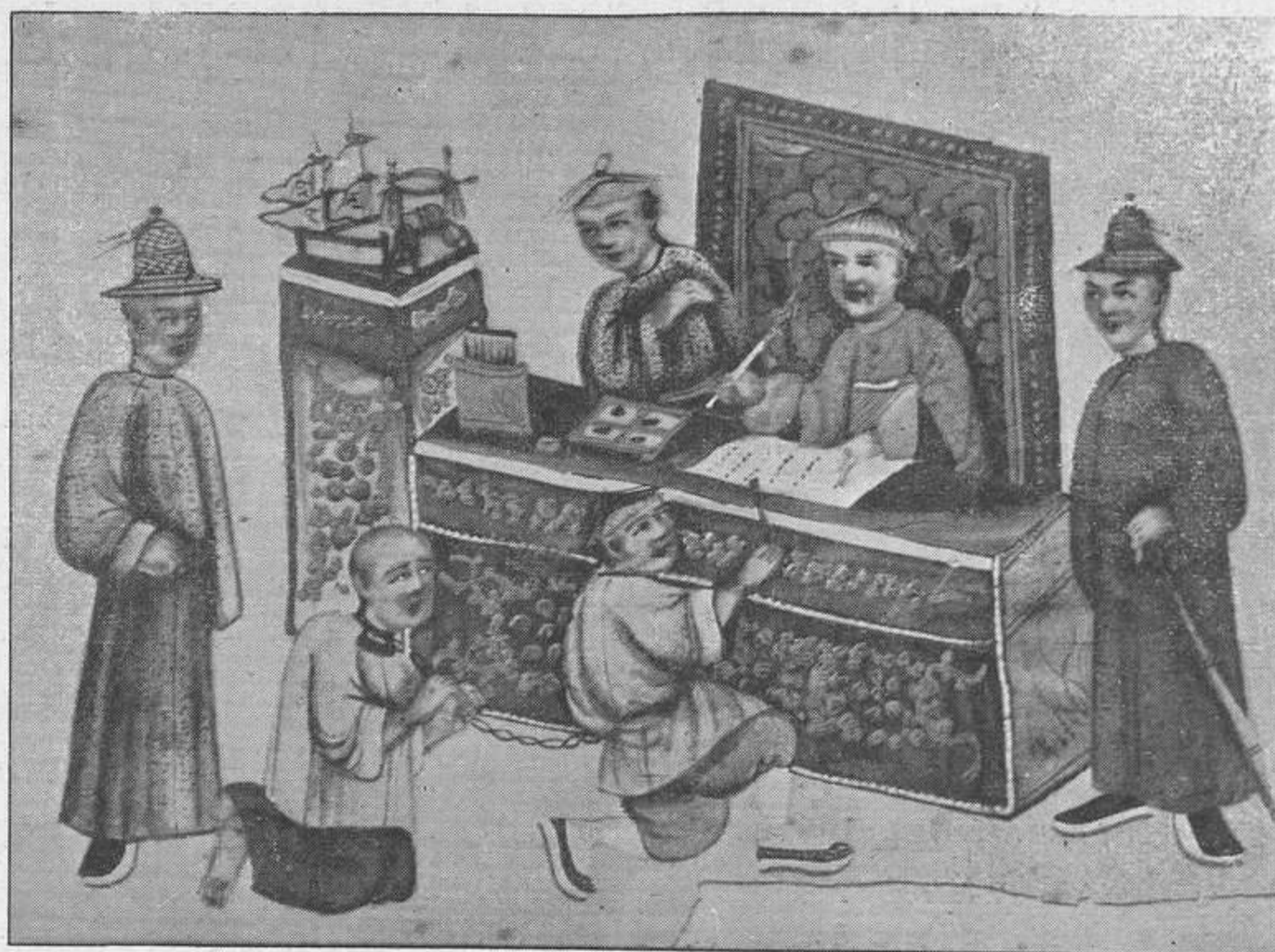
Un buen marinero extranjero sirve por 8 ó 9 pesos mensuales y un mal marinero español no se encuentra menos de 18 y con exigencias de buen rancho, vino, etc... ¿Cómo competir?»

(3) La renta del tabaco de Filipinas que en 1840 producía 2,123.505 pesos, alcanzó en 1859 la cifra de 4.932.463 pesos.

El tabaco obtenido en Cagayan el año 1856, valió muy cerca de doscientos mil pesos.

ciábanse periódicamente subastas con el fin de traer tabaco en determinada cantidad, fijando precio por flete de cada quintal y concediendo preferencia a los buques españoles. La competencia sostenida entre distintos consignatarios y armadores que intervenían en las subastas producía, a veces, como resultado, al estar establecidas pujas a la baja, reducir considerablemente la cuantía fijada para el pago por unidad, mermando así las utilidades de un negocio que presentábase con las más favorables perspectivas.

Constituía, sin embargo, el transporte del tabaco filipino un deseado cargamento para los armadores matriculados en nuestra plaza, no



Acuarela sobre papel de arroz. (Colección Barreda)

solo por pagar, generalmente, el gobierno español (1) mayor cantidad que la abonada en las expediciones de otras mercaderías realizadas interviniendo comerciantes particulares, sino también por permitir dicho cargamento hacer en ocasiones viajes directos desde Manila al puerto santanderino, trayendo tabacos necesarios para el funcionamiento de la fábrica (2) establecida en la capital de la Montaña.

(1) Daba como flete por quintal de tabaco desde 35 a 45 reales de vellón.

(2) Empezó a trabajar en 1835, produciendo de utilidad en el primer año 51.138 rls. vellón y 4.439.495 en 1841.

El 5 de octubre de 1842 acordó el gobierno español la supresión de la fábrica de cigarros fundada en Santander y que pasasen a la de Gijón todas las existencias; pero la decidida y unánime protesta de nuestra ciudad hizo dejar sin efecto la orden dictada.

La admisión de tabaco en los puertos españoles estuvo prohibida por el gobierno durante cierto tiempo, considerándose que esta disposición favorecía al erario público evitando el contrabando. Intensa labor realizó en 1841 la Junta de Comercio de Santander para conseguir que pudieran introducirse «Tabacos a Depósito», siendo apoyada en sus pretensiones por Barcelona, Alicante, Coruña y Málaga.

* * *

Cuando la navegación de Santander a Manila adquiere importancia, cítase a nuestra urbe como ejemplo de actividad para el comercio, produciendo el ascendente progreso local suspicacias y recelos en próximas regiones (1), pues creían éstas posible que pudiera hacer el esfuerzo de los montañeses «un Liverpool español» del puerto santanderino.

El optimismo derivado de la riqueza lograda reflejóse diversamente en los negocios orientados por mercaderes montañeses establecidos en nuestra plaza o fuera de ella, y periódico tan ecuánime como el «Boletín de Comercio» (2) alborozábase dando noticias referentes a los buques arribados a Santander diciendo: «Antes escaseaban los de gran porte, hoy son comunes; y los vapores que se veían de tarde en tarde ahora nos visitan diariamente. Ayer distinguimos y entresacamos en nuestra bahía, unas 16 fragatas y 8 vapores, tres de ellos de respetable magnitud».

Meses después (3) hacía el periódico santanderino citado un nuevo comentario, suficiente para deducir cuál debió de ser en algunos momentos la animación del puerto, toda vez que lamentando «la decadencia» del comercio, daba una impresión de nuestra bahía, «pobre de buques», y habiendo tenido el comentarista curiosidad por contar cuantos en ella estaban fondeados «no pudo sacar más que seis vapores, igual número de fragatas, unos treinta bergantines y goletas, y otros tantos quechemarines y cascos pequeños de cabotaje».

(1) Repitiéndose lo acaecido a fines del siglo XVIII, en cuya época comienza la prosperidad local que hace exclamar a Jovellanos después de haber visitado nuestra ciudad: «Santander va a tragar todo el comercio de nuestra costa septentrional: franco en sus entradas y consumos, acabará con todos los puertos de aduanas; y franco también en su industria como ellos, acabará con la de sus provincias libres. Solo podrá competirla Coruña por sus correos y proporciones de abastecer un Reino de los más poblados y lleno de propietarios ricos. En esta suerte la primera víctima será Asturias... No digo esto para que usted desfavorezca a Santander, dígolo para que ponga todo su celo en favorecer a Asturias... (Véase la carta dirigida por Jovellanos desde Valladolid, el 7 de septiembre de 1791, al baylio don Antonio Valdés y que publica García Rámila en la página 40 de su obra *Un burgalés ilustre*, (apéndice), Burgos 1932.

(2) Del día 5 de junio de 1857.

(3) El 16 de diciembre de 1857.

Contribuyeron las relaciones comerciales de nuestra ciudad con Filipinas a incrementar la prosperidad santanderina, proporcionando nueva ocasión también de probar los montañeses de entonces que estaban capacitados para extender hacia remotos países una influencia mercantil no despreciable. Como reliquias de aquellas relaciones pueden verse todavía en algunos hogares santanderinos, hasta los cuales llegaron traídos por nautas y comerciantes conocedores de todas las rutas de Asia, bellas telas, porcelanas, trabajos en carey, maqueados muebles, afiligranados marfiles y abanicos de historiado varillaje con exóticos paisajes interpretados en seda, marfil y nácar, no faltando tampoco entre tales objetos acuarelas (1) pintadas sobre papel de arroz que suelen representar aves vistosas o impasibles mandarines ricamente ataviados para recibir homenajes de temerosos súbditos.

APÉNDICE I

Estudiar la influencia de los montañeses en Filipinas sería interesante y difícil trabajo, dado el número y calidad de los que allí residieron ocupando destacadas posiciones sociales. Refiriéndonos a la actuación realizada por nuestros paisanos, en dichas islas, haremos algunas indicaciones seguidamente.

El general y marino don Domingo Ruiz de Tagle, nacido en Santillana el 1657, estaba en Manila el año 1707, habiendo residido antes en Méjico. Dedicó a Ruiz de Tagle el P. Andrés Serrano la segunda edición de su curiosa obra «Los siete Príncipes de los Ángeles», hecha en Bruselas el citado año último.

Fué el primer Mariscal de Campo nombrado para Filipinas, en 1717, don Fernando Manuel Bustillo Bustamante, «Señor y Pariente mayor de las casas solariegas e infanzonas de Bustillo y Rueda en los Valles de Toranzo y Carriedo», hombre bien intencionado y enérgico que por querer corregir graves abusos halló trágica muerte en Manila el 11 de octubre de 1719.

Durante la gestión de Bustillo salieron mandados por don Alejandro

(1) En la exposición de pinturas que ocupando los salones del Instituto Cántabro inauguróse en Santander, el mes de abril de 1850, figuraba una interesantísima «colección de cuadros chinos recogidos por el señor don Pedro de la Pedraja en sus excursiones a aquellas lejanas regiones» (Véase «El Despertador Montañés» del día 14 de abril de 1850).

Tiempo después de la fecha últimamente indicada, púsose en moda, a consecuencia de las expediciones militares francesas al Asia, el arte del lejano Oriente y vió París maravillosas exposiciones, evocada alguna por Daudet durante los penosos días de la *Commune*.

Bustamante dos galeones del puerto de Manila, los cuales, poniendo rumbo a Siam, llegaron a este país el 3 de abril de 1718, para establecer relaciones diplomáticas.

Nombróse sucesor de Bustillo Bustamante en los preeminentes cargos del gobierno de Filipinas a don Toribio José Miguel de Cossío, marqués de Torre Campo, «nacido en las ilustres montañas de Burgos», y autor de una «Relación histórica de la sublevación y pacificación de la provincia de Tzendales en Guatemala». El manuscrito de esta obra guardábase en la Biblioteca de la Universidad de Méjico y en los sucesos relatados intervino de modo principal Cossío.

Don Pedro González de Rivero, que nació en Sobilla de Buelna el año 1678, fué Alcalde ordinario y Regidor de Manila, superintendente general de las obras, fortificaciones y murallas de Cavite y Sargento mayor de la gente de mar y tierra de este puerto, desempeñando otros cargos de importancia.

Fr. Domingo Díaz, agustino, natural de Valle (Cabuérniga) y venido al mundo el 1690 para fallecer en Manila el año 1745, «levantó el hermoso puente de piedra sobre el río Pasig.»

En 1756 era capitán y comandante general de las galeras de Manila don Pedro de la Bárcena, oriundo de Mogro.

Don Miguel de la Sierra Donesteve (1) tuvo el mando del famoso navío *Montañés*, que construído por la generosidad de nuestros paisanos establecidos en Nueva España, dió la vuelta al mundo desde 1795 a 1803 y unido a la escuadra del general Álava.

Permaneció el *Montañés* con los buques de la expedición de Álava en Filipinas, para defender las islas, yendo también a China y haciéndose después a la vela puso rumbo a Europa el 6 de enero de 1803.

De los marinos montañeses residentes en Filipinas a principios del pasado siglo, merece especial mención don Ramón Ortiz Otañez (2), llegado a Manila desde Nueva España en abril de 1804, para encargarse de combatir a corsarios e ingleses.

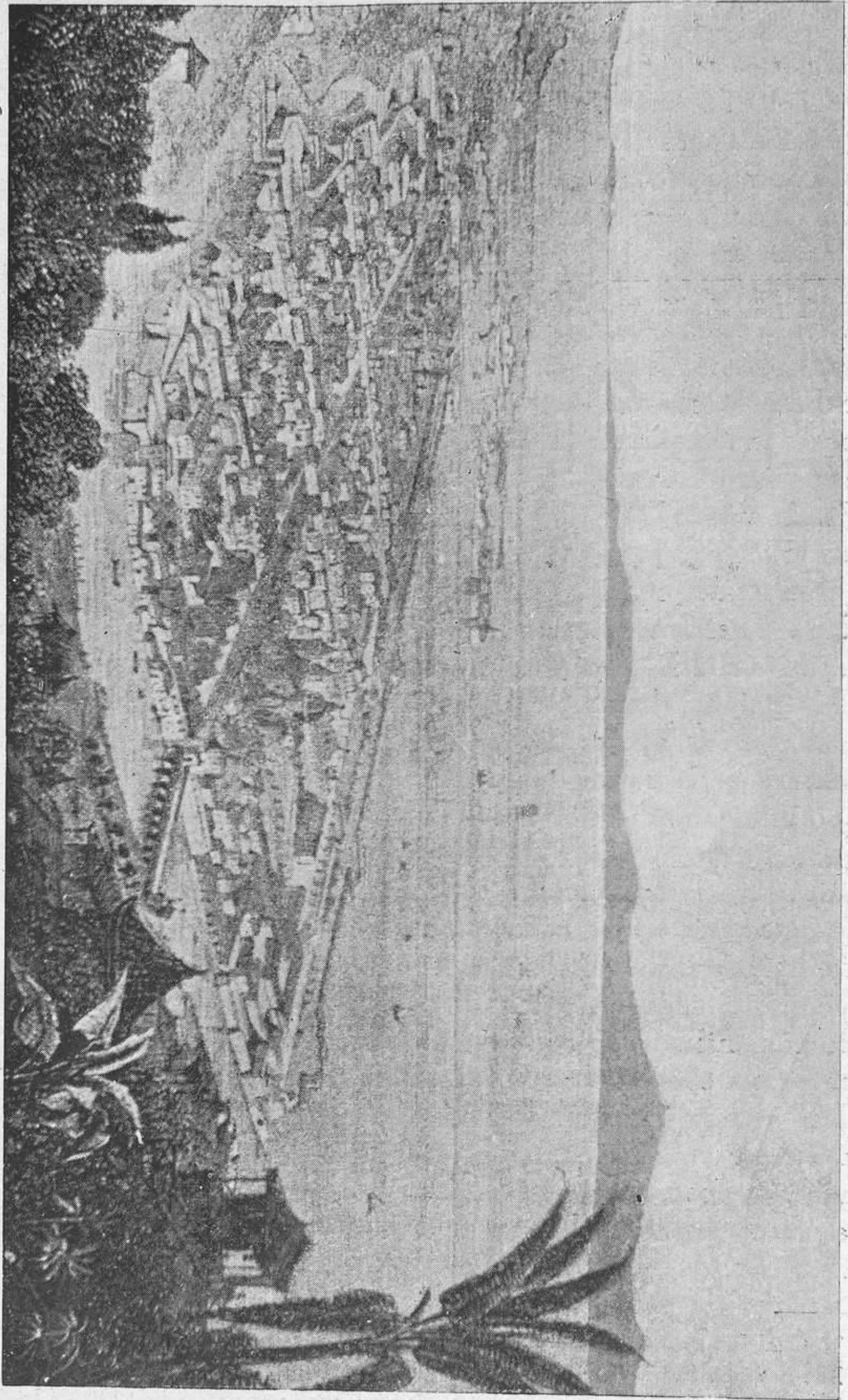
Otro esclarecido hijo de Santoña, el ingeniero don Fernando de la Serna (3), estuvo en Filipinas durante los primeros años del siglo XIX y pasando con posterioridad a China, prestó valiosos servicios al gobierno de este país organizando la navegación. Fué Serna, según Menéndez Pelayo (4), el español de su época que emprendió más largos y difíciles viajes.

(1) Natural de Guarnizo, donde nació el 19 de enero de 1763.

(2) Fué Santoña su patria, naciendo el 15 de enero de 1759.

(3) Tenemos en preparación un estudio referente a tan interesantísimo hijo de la Montaña.

(4) Véase la biografía de Menéndez Pelayo por Bonilla y San Martín, pág. 17, publicada como Introducción al tomo IV de los *Orígenes de la Novela* (1915), en la Nueva Biblioteca de Autores Españoles.



Vista de Manila hacia 1860

La solidaridad entre los montañeses fuera de su patria dábase en Manila igualmente y hácela resaltar Fr. Joaquín Martínez de Zuñiga en *Estadismo de las islas Filipinas o mis viajes por este país*, cuando dice: «Los españoles de Manila fomentan mucho a sus paisanos que vienen de sus provincias de España; particularmente los vizcaínos y montañeses atienden mucho a los nuevos que vienen de sus provincias, y si traen alguna recomendación y son hombres de bien, pueden estar seguros de hacer fortuna». (Véase la interesantísima obra citada que a principios del pasado siglo escribió Martínez Zúñiga, págs. 281 y 282, tomo 1.º en la edición hecha por don W. E. Retana, Madrid 1893).

* * *

En la expedición salida de Sevilla el 10 de agosto de 1519, y que determinó el descubrimiento de Filipinas al llegar Magallanes en 30 de marzo de 1521 a Butúan (Mindanao), iban los montañeses siguientes:

Francisco Albo, trasmerano, contra maestre, a bordo de la nao *Trinidad*.

Juan de Santander, natural de Cueto, grumete, a bordo de la *Trinidad*.

Gonzalo Hernández, santoñés, herrero, embarcado en la *Concepción*.

Gutiérrez, de Villasevil, paje, en la *Trinidad*.

Francisco Albo y Juan de Santander regresaron a España en la *Victoria*, con Elcano, llegando el 6 de septiembre de 1522 a San Lúcar y después de realizar la primera navegación alrededor del mundo.

Las cinco carabelas preparadas para el viaje de Magallanes habíanse reunido en Lequeitio, y al hacerse a la mar pusieron rumbo a Sevilla, donde completaron velamen, armamento y vituallas. El capitán Artieta avisó a Carlos V, en 11 de abril de 1519, la salida de las naos del citado puerto del Cantábrico.

* * *

Después de abandonar Legazpi a Cebú, resolvió Felipe II, al desaprobar lo hecho, que el capitán Artieta adquiriese en Santander una zabra convenientemente pertrechada para ir en socorro de Legazpi y que mientras preparábase la expedición hiciérase todo en el mayor secreto, pues debían de ignorar los portugueses la finalidad del proyectado viaje, el cual decía motivado por prestar ayuda a Pedro Menéndez de Avilés.

Debió de parecer insuficiente el envío de una sola nao y por Real Cédula de 30 de octubre de 1568 diéronse instrucciones al capitán Juan

de la Isla para ir a Nueva España y Filipinas, aprestándose el año 1569 navíos y armas que el citado capitán llevó del puerto de Santander por Acapulco a Filipinas. En el Archivo de Indias (sección segunda, contaduría, leg. 461) existen las cuentas (1) de esta expedición presentadas por Juan de Peñalosa.

* * *

En el célebre viaje realizado alrededor del mundo por las corbetas españolas *Descubierta* y *Atrevida*, desde 1789 a 1794, tuvo el mando de la última don José Bustamante y Guerra, insigne marino montañés (2), autor de una *Memoria sobre un plan de defensa para la América meridional y las islas Filipinas para interceptar el comercio de los ingleses con la China al primer rompimiento y derrotas desde Chile a las costas de Nueva Holanda o bahía Blanca y regreso a las del Perú*, cuyo manuscrito, formando parte de la colección Enríquez, posee la Academia de la Historia.

Otro ilustre marino, paisano nuestro, don Ciriaco de Ceballos (3), participó activamente en los valiosos trabajos hechos con motivo de la expedición de las naves antes indicadas, levantando nuevos planos, referentes algunos a Filipinas, corrigiendo errores en otros existentes y estudiando además el *Vocabulario del archipiélago de Babao*.

Entre la oficialidad de la *Atrevida* figuraba el montañés don Juan Gutiérrez de la Concha (4), que habiéndose batido heroicamente en Manila, al atacar los ingleses, se inmortalizó luchando nuevamente contra ellos el año 1807 en Buenos Aires.

Don Alejandro Malaspina, exímio marino, encargado del supremo mando para el viaje de las corbetas *Descubierta* y *Atrevida*, eligió las dotaciones de ambas naves dando preferente intervención a los montañeses. (Véase «Viaje alrededor del mundo por las corbetas *Descubierta* y *Atrevida*», pág. 4, Madrid, 1885; publicado por don Pedro de Novo y Colson).

(1) Cuya publicación preparamos.

(2) Nació en Ontaneda el 1.º de abril de 1753.

(3) Había nacido en Quijano el 8 de agosto de 1764.

(4) Natural de Esles de Cayón, en cuyo pueblo vino al mundo el 3 de octubre de 1760.

APÉNDICE II

De los veleros que hacían viajes a Filipinas antes de la apertura del canal de Suez y pertenecientes a armadores santanderinos citaremos sólo a la barca *Perú*, a las fragatas *Soberana* y *Angelita* y al navío *Serafina* y a las corbetas *Perfecta* y *María Clotilde*.

La barca *Perú*, mandada por don Agustín Jiménez, salió de Santander hacia Manila en enero de 1839, siendo despachada por don Félix Aguirre.



Plano del puerto de Santander en 1820. (Colección Barreda)

Construída la fragata *Soberana* en el Astillero de Guarnizo, para el armador don José Ceballos Bustamante, desplazaba 471 toneladas y fué botada al agua el día 25 de abril de 1853, teniendo por capitán a don José Gómez Quintada.

En uno de sus viajes llegó la *Soberana* a Anger el 19 de julio de 1856, saliendo después para hacer escala en Singapore.

Pertenecía la fragata *Angelita* al armador don Pedro de la Puente, suegro del famoso político isabelino Marqués de Viluma, cuya corres-

pondencia (1) mercantil hemos utilizado, con otros documentos, al hacer este trabajo.

Siendo «barco duro y valiente para la mar», tenía la *Angelita* 482 toneladas y navegó durante varios años hasta naufragar el 21 de enero de 1861 a la altura de Cuxhaven, yendo a Hamburgo con un cargamento de tabaco y azúcar recogido en La Habana.

Emprendió la fragata *Angelita* uno de sus largos viajes levando ancla en Santander el 15 de enero de 1856 y con 4.600 quintales de harina, «lo preciso para hacer lastre», puso rumbo a Liverpool donde arribó el 4 de febrero del citado año.

Cargada de manufacturas inglesas salió de Liverpool la *Angelita* el 14 de marzo de 1856 y en 30 de julio entraba en «Anger, rada en la costa occidental de Java, habiendo realizado una travesía feliz sin novedad en la salud de la tripulación ni en el buque». Continuó viaje dicha fragata «después de tomar algunos víveres de refresco», hacia Manila, en cuyo puerto quedó fondeada el 14 de agosto de 1856.

Desde Manila dirigiose la *Angelita* a China y regresando nuevamente a la capital del archipiélago filipino, partió de allí después para llegar a nuestra bahía el 10 de abril de 1857, «en 130 días con toda felicidad», trayendo «7.280 quintales de tabaco a flete de 45 reales vellón quintal y algunos encarguillos de regalo para varios de esta plaza».

Directamente hizo un viaje la *Angelita*, «no largo», y de Santander a Manila en 174 días.

El navío *Serafina* entró en Manila procedente de Liverpool, el 27 de Febrero de 1856 y emprendiendo nuevo viaje dió fondo en Amoy el 25 de abril desde donde puso rumbo a la capital de Filipinas, anclando felizmente allí.

La corbeta *Perfecta* era mandada por el capitán don J. Ramón Triviño y en 19 de abril de 1853 comenzó viaje de Manila a Cádiz llevando azúcar, palo de sibucáo y mahón. El 2 de septiembre de 1856 salió fletada del puerto de Liverpool a Manila.

En 2 de junio de 1855 puso proa a la mar para ir a Manila desde Liverpool la corbeta *María Clotilde*, de 461 toneladas y propiedad del armador don G. Roiz de la Parra. El 9 de febrero de 1857 emprendió una travesía de Manila a Santander la citada corbeta.

* * *

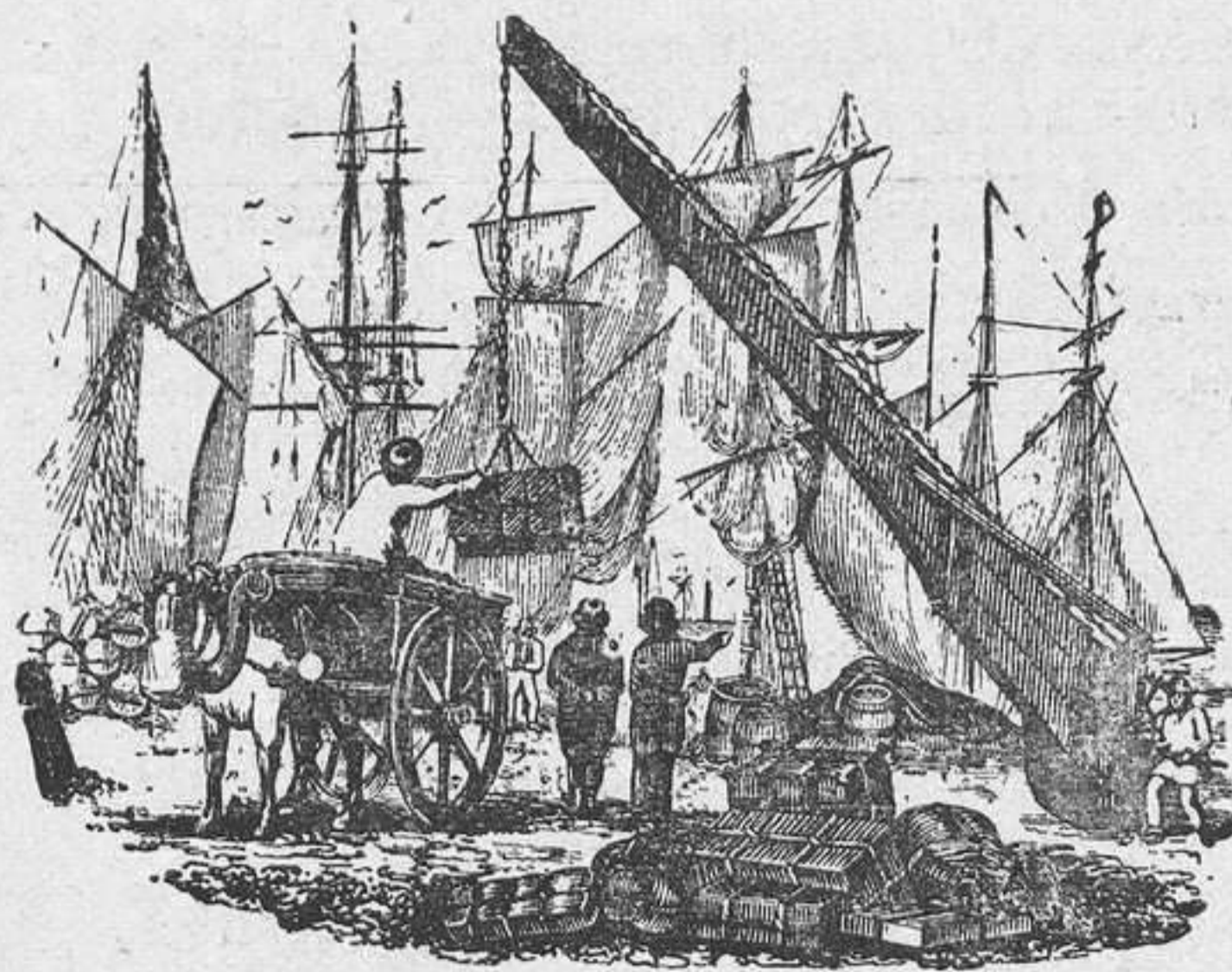
(1) En la parte que posee la Biblioteca de Menéndez Pelayo.

«Los furiosos huracanes llamados *vaguíos*, que en pocas horas corren toda la aguja y conturbando de un modo espantoso la tierra y el mar, arrojan los buques a las playas, derriban casas, devastan los campos y arrancan de raíz los árboles más corpulentos». (Véase «Reseña Histórica de la Guerra al Sur de Filipinas», interesante estudio del ingeniero militar don Emilio Bernáldez, pág. 14, Madrid 1859).

Uno de estos *vaguíos* causó graves daños al archipiélago el 27 de octubre de 1856, en cuyo día la fragata santanderina *Angelita*, anclada en Manila, no sufrió averías «por la previsión del piloto, que respetando la estación de las tormentas, se internó en el río, eligió paraje resguardado y libre de obstáculos, y tomó respecto del buque todas las precauciones necesarias. Así resistió la furia de la tempestad quedando incólume».

Algunas veces iniciáronse suscripciones en Santander para contribuir a aminorar los estragos causados en Filipinas por calamitosas catástrofes.

FERNANDO BARREDA





FUENTE ALDEANA

*Yo sé de una fuentuca de la aldea
que entre peñas brota mansamente,
y luego pura, límpida y corriente
bajo unos chopos su caudal pasea.*

*Cruza el monte hasta el valle donde humea,
cuando a lo lejos muere el sol poniente,
la humilde casa de sencilla gente,
y ante ella rumorosa canturrea.*

*Una deidad que entre su linfa habita
reflorece los huertos y rosales;
y por cantar lo humano y lo divino,*

*himnos entona al pie de vieja ermita,
da frescor y hermosura a los maizales
y voltea las ruedas de un molino.*

JUAN DE MUSLERA



**BODEGAS
UZCUDUN**

VINOS FINOS

SANTANDER - Teléfono 12-94

**GRANDES BALNEARIOS
DE
ALCEDA-ONTANEDA**

LOS MAS ACREDITADOS PARA LA
CURACION DE LAS ENFERMEDADES DE
LA PIEL, VIAS RESPIRATORIAS,
PROPIAS DE LA MUJER Y ARTRITISMO

GRAN HOTEL DE ONTANEDA

El de mayor confort y más esmerado trato

BANCO DE SANTANDER

FUNDADO EN EL AÑO 1857 Y CAJA DE AHORROS ESTABLECIDA EN EL AÑO 1878

Capital: 10.000.000 pts.-Fondo reserva: 9.000.000 pts.-Fondo previsión: 450.000 pts.

Sucursales: Alceda-Ontaneda, Ampuero, Astillero, Comillas, Espinosa de los Monteros, Lanestosa, Laredo, Osorno, Panes, Potes, Reinosa, Santoña, San Vicente de la Barquera, Sarón y Solares

Banco filial: BANCO DE TORRELAVEGA

(Capital 2.000.000 de pesetas) con sucursales en GABEZÓN DE LA SAL y MOLLEDO

Principales operaciones: Cuentas corrientes a la vista 2,50 % de interés anual. Cuentas corrientes con preaviso de ocho días 3,00 % de interés anual. Depósitos a tres meses 3,50 % de interés anual. Depósitos a seis meses 4,00 % de interés anual. Cuentas corrientes de moneda extranjera a la vista interés variable.

Cajas de ahorros: A la vista 3,50 % de interés anual sin limitación de cantidad. Cartillas especiales: Disponibles con preaviso de ocho días 4,00 % de interés anual. Los intereses se liquidan por semestres

Depósitos de valores sujetos a devolución sin previo aviso y a comprobación por los interesados durante las horas de caja, mediante la presentación de los resguardos. Cuentas de crédito, giros, cobro y descuento de cupones, órdenes de Bolsa y toda clase de operaciones de Banca

BALNEARIO DE CALDAS DE BESAYA

Aguas clorurado-sódicas, Bromuradas, Nitrogenadas muy Radioactivas. Temperatura 37°
Baños con agua corriente.

INDICACION

Reuma y Atritis en todas sus formas-Ciática
Neuralgias-Bronquitis-Asma bronquial
Cardiopatías, en las consecuencias de los traumatismos, etc., etc.

GRAN HOTEL DEL BALNEARIO

lujosamente reformado, inmejorable trato, asistencia completa de 14 a 30 pesetas, según habitación

Material de construcción y artículos
de saneamiento

Ladislao del Barrio y C.^{ía}

Casa especializada en instalaciones económicas
y cerámica artística

Pídanse nuestros catálogos ilustrados

Santander - Méndez Núñez, número 7

Viuda e hijos de Casiano Arrarte



Efectos navales = Fábrica de cordelería
= = y cables lubricantes = =



Calle de Méndez Núñez, 2
Teléfono número 12-80

Santander

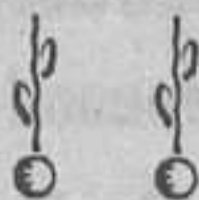
Telegramas y telefonemas
Arrarte

Santander

y su

Provincia

Guía práctica del turista



Librería Moderna

Amós de Escalante, 10. - Santander

Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Santander

Edificio central: Tantin, 1
Subcentral: Hernán Cortés, 6

Sección del Monte de Piedad

Préstamos sobre alhajas, ropas y efectos. Créditos y préstamos con garantía personal, hasta 2.000 pesetas. Créditos con garantía de valores. Idem con garantía hipotecaria exentos del pago de derechos reales e impuesto de utilidades

Sección de la Caja de Ahorros

Libretas a la vista 3,50 por 100. Idem especiales con preaviso de ocho días, 4 por 100. Los intereses son abonados semestralmente en enero y julio. Sellos de ahorro. Bunchas para tener en poder del imponente

Sección de Retiros

Pensiones vitalicias y temporales. Idem inmediatas y dotes infantiles para los 20 o 25 años

OBRAS NUEVAS

FRANCISCO
DE NÁRDIZ

FIGURAS

PRECIO: 3 PESETAS

LAS ASTURIAS DE SANTILLANA EN 1404

PUBLICALO

FERNANDO GONZÁLEZ CAMINO Y AGUIRRE

Un tomo en cuarto, 12 pesetas

DE VENTA EN LA LIBRERÍA MODERNA - SANTANDER -

MANUEL LLANO

BRAÑAFLORES

PRECIO: 5 PESETAS

TOMÁS MAZA SOLANO

Un rarísimo pliego del año 1852
que en 1931 recobra actualidad.

Fuentes para la Historia - - -
- - - de nuestra Montaña.

EN PRENSA, DEL MISMO AUTOR:

El autor de "Costas y Montañas"
en la Historiografía Montañesa.

Las Juntas de las - - -
- - - Cuatro Villas de la Costa.

GRANDES

ALMACENES DE DROGAS, PRODUCTOS
QUÍMICOS Y FARMACÉUTICOS

E. PÉREZ DEL
MOLINO, S. A.

Especialidades farmacéuticas : Per-
fumería : Fotografía : Ortopedia
: Cirugía : Pinturas : Brochería :

SECCIÓN LABORATORIO
Inyectables : Apósitos y Esteriliza-
: : dos : Análisis clínicos : :

SANTANDER
Apartado 4

MADRID
Apartado 4.035

BODEGAS
DEL ROMERAL



FÉLIX AZPILICUETA
MARTÍNEZ, S. A.

UN BUEN VINO
RIOJA ROMERAL

JABÓN

Aromas de la Tierruca

IDEAL PARA EL TOCADOR

La Rosario :: Santander

Carbones

lubrificantes

INDATOS

SANTANDER

Las señoras encontrarán en esta Casa, **Librería Moderna**, Amós de Escalante, 10, una extensa, variada y elegante colección de preciosas Revistas de Modas nacionales y extranjeras, con los figurines del más refinado gusto y alta novedad.



CABLES DE ACERO



SOCIEDAD ANONIMA "JOSE MARIA QUIJANO"

FORJAS DE BUELNA
ACERO MARTIN «SIEMENS»
HIERROS COMERCIALES
ALAMBRES DE TODAS CLASES
GRIS, BRILLANTE, RECOCIDO, COBRIZO,
GALVANIZADO, ESTAÑADO PARA SOMIERS Y
ESTAÑADO PARA COSEK LIBROS,
REVISTAS, CAJAS DE CARTÓN ETC

SANTANDER

PUNTAS DE PARIS
TACHUELAS, SIMIENTE
ALCAYATAS, GRAPAS
ESPINO ARTIFICIAL

FUNDADAS EN 1873

ENREJADOS, TELAS METALICAS
CABLES DE ACERO
MUELLES, RESORTES
OTRAS MANUFACTURAS DE
ALAMBRE